

DAVI P. SILVA

JESÚS

EL PRIMERO, EL ÚLTIMO
Y EL MEJOR



AUTOR:

DAVI P. SILVA

DERECHOS DEL AUTOR RECERVADOS CONFORME A LEY

Prohibida la reproduccion total o parcial de esta obra mediante impresión, fotocopia o cualquier otro sistema, sin permiso del Autor y los Editores.

Editorial “La Verdad Presente”
de la IASDMR
Urb. Las Vegas Mz. H3 Lotes 11-12
Puente Piedra - Lima - Perú
Telef: 5483808
E-mail: verpreb@yahoo.com





ÍNDICE

Prefacio.....	4
¿Quién es Jesús?.....	6
La misión de Jesús y el Espíritu Santo.....	16
¿Quién es el Espíritu Santo?.....	21
El ministerio del Espíritu santo.....	25
El concierto (Pacto) de la gracia.....	31
Jesús, el Profeta.....	38
Jesús, el Rey.....	47
Jesús el Amoroso Salvador.....	52
Jesús, nuestro Substituto en el Calvario.....	64
Jesús nuestro Sumo Sacerdote y Abogado.....	69
Jesús, Sacerdote según el orden de Melquisedec.....	73
Jesús, el Juez.....	80
“Si oyeres hoy su voz...”.....	87
Epílogo.....	91
Bibliografía.....	93

The image features large, stylized, textured letters 'AQ' in a dark grey color with a white outline. To the right of the letters is a black decorative flourish. Below the letters and flourish, the word 'PREFACIO' is written in a bold, black, serif font.

AQ

PREFACIO

En la ciudad de Cesarea de Filipo, en el extremo norte de Palestina, Jesús tuvo la oportunidad de conversar de corazón a corazón con sus discípulos, alejado de las multitudes ruidosas. El aprovechó la ocasión para preguntarles: “¿quién decís que soy?” (Mateo 16:15). Después de pasar tanto tiempo con Jesús, ellos estaban habilitados a responder a esa pregunta. ¿Por qué era tan importante que ellos diesen una respuesta correcta? La razón es sencilla: saber quién es Jesús es fundamental para nuestra salvación. Así como en los días de su encarnación, la respuesta que demos a esa pregunta revelará si somos sus seguidores o no.

En diferentes momentos del ministerio de Jesús, esa pregunta fue planteada. Cuando El calmó la tormenta con el poder de su palabra, los discípulos conversaron entre sí, preguntándose: ¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen? (Mateo 8:27). Aquellos que vivían con El, se dieron cuenta que el joven galileo tenía algo que lo diferenciaba de los demás.

En apariencia, era como cualquier persona común y corriente. Era muy fácil pasar por desapercibido de la multitud. Pero Cristo hacía cosas extraordinarias. Su palabra, Su predicación era diferente a todo lo que habían oído (Mateo 7:28, 29). La forma en que el Maestro trataba las más diversas clases de personas, el tono de su voz, la atención que le dio a la gente pobre, la amistad que tuvo con los pecadores; Por último, su forma de ser y actuar denunciaba que allí no estaba cualquiera que no

era una persona común y corriente. Entonces ¿Quién era Él?

Esa pregunta hace eco a través de los siglos y llega hasta nuestros días. En cada época, varias personas afirmaron tener la respuesta. Algunos presentaban ideas tan heterodoxas que pueden ser descartadas como heréticas y engañosas, mientras que otros mostraron sensibilidad y profunda visión espiritual para ver más allá de la apariencia y la superficialidad. El apóstol Pablo es parte de este último grupo. Él, de manera objetiva, dijo: “ Porque para mí, el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21). Jesucristo era la razón de la existencia del apóstol.

A medida que caminamos con Jesús, aprendemos cada día un nuevo matiz de su carácter y misión. Este estudio comenzó aquí, pero continuará por toda la eternidad. Esta será el estudio principal de los salvos - comprender quién es Jesús.

El mosaico es una antigua técnica decorativa que utiliza pequeñas piedras de colores para formar una imagen. Aunque no fueron los romanos los que lo crearon (ellos aprendieron ese arte con los etruscos), fueron ellos los que llevaron a un mayor nivel de expresión artística. En esa técnica, una pequeña piedra en sí, no tiene ningún valor. Es la combinación de diversos fragmentos de roca con varios colores que componen la belleza de la imagen. Del mismo modo, cuando hablamos de Jesús, debemos tener una visión amplia de él para tener una comprensión completa de todo, y no sólo de algunos fragmentos de su persona y ministerio. Tal vez por esta razón, los primitivos usaban el mosaico como una técnica para decorar sus lugares de reunión. Este arte nos recuerda que, con el fin de entender a Jesucristo, tenemos que tener una visión multifacética de Él.

En este trabajo, el pastor Davi Paes Silva hace su aporte en el intento de que podamos comprender la belleza del carácter de Jesucristo. A lo largo de las páginas de este libro, el enriquece nuestro conocimiento para describir el trabajo de nuestro Salvador en el rescate de la humanidad. Este trabajo es el resultado de la reflexión de alguien que por muchas décadas ha investigado acerca de Jesús. Esta relación profunda aparece en cada párrafo, en cada capítulo. La sensación que tenemos, después de pasar algún tiempo a reflexionar sobre Jesús, es encantador. Esta es la sensación que nos envuelve al concluir la lectura de esta obra. Gracias, Pastor Davi, por ayudarnos a ponernos en el mejor lugar del mundo: a los pies del Salvador.

¡Para la gloria de Dios!

Prof. Alexandre de Araújo

1



¿QUIÉN ES JESÚS?

En toda la Biblia, Cristo es la persona central, y el plan de salvación es el tema principal. Desde que el Evangelio fue primeramente predicado a Adán y Eva (Génesis 3:15) hasta el último verso del Apocalipsis (22:21), Jesús y su maravillosa gracia ocupan la posición más prominente en las Sagradas Escrituras.

En Génesis, Cristo fue representado por la simiente de la mujer. El sistema de sacrificios establecido por el propio Salvador en Génesis 3:21 señalaba para la muerte vicaria y expiatoria del Hijo de Dios en la cruz del Calvario. En el último libro de la Biblia, el Salvador fue simbolizado por el “Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo” (Apocalipsis 13: 8).

El servicio del santuario, establecido por Cristo poco después de dar de manera majestuosa los Diez Mandamientos en el Monte Sinaí, tenía como principal objetivo presentar la obra del Redentor y del Evangelio por medio de figuras y símbolos. El cordero muerto a la puerta del tabernáculo, la sangre transferida al altar, la carne de los animales sacrificados comida por los sacerdotes, las túnicas de los sacerdotes oficiantes, el pan de la proposición, todo en el santuario terrenal señalaba hacia Jesús y su obra de salvación en favor de pecadores.

Aunque encontremos el plan de salvación en toda la Biblia, en este capítulo vamos a considerar apenas algunas de las profecías concernientes a la misión de Cristo en la tierra, sobre todo su vida perfecta y su muerte en la cruz del Calvario, mencionadas en el libro de Isaías, el profeta mesiánico.

En Isaías 7:14, se registra la profecía sobre el nacimiento de Jesús: “Por tanto, el Señor mismo os dará una señal: La virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y se llamará Emanuel (Dios con nosotros).” Mateo escribió sobre el cumplimiento de esta profecía aproximadamente unos setecientos años después:

“El nacimiento de Jesucristo fue así: María su madre estaba comprometida a casarse con José. Pero antes que se unieran, se halló encinta por obra del Espíritu Santo. Como José, su esposo, era justo, no quería difamarla. Por eso decidió dejarla secretamente. Pensando en esto, un ángel del Señor se le apareció en sueño, y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque lo que ella ha concebido es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y lo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el Señor, por el profeta: La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel, que significa: Dios con nosotros.” Mateo 1: 18-23.

En Isaías 9: 6, está registrado uno de los pasajes más importantes de las Escrituras que apunta a la doble naturaleza del Mesías, divino y humano: “Porque un Niño nos es nacido, Hijo nos es dado, y el gobierno estará sobre su hombro. Será llamado Maravilloso, Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz.

Encontramos en este versículo cuatro características de Jesús que deben ser seriamente considerados:

1. Maravilloso, Consejero
2. Dios Poderoso
3. Padre Eterno
4. Príncipe de Paz

1. Maravilloso, Consejero

Cristo, no solamente es un consejero, Él es el “Maravilloso Consejero”.

La condición del hombre moderno, sobrecargado con las preocupaciones y dificultades, hace con que la profesión de “consejero” sea una de las más buscadas.

Las personas por lo general acostumbran presentar sus problemas personales a seres humanos que son como ellos, defectuosos

y limitados. A menudo están dispuestos a pagar grandes cantidades de dinero a profesionales que muchas veces no consiguen resolver los problemas de forma permanente, mientras que tenemos un “Maravilloso Consejero” que quiere y nos puede ayudar en la solución de estos problemas, de manera radical y gratuita.

Viajando hacia Sao Paulo, conocí a dos psicólogas brasileñas en el Aeropuerto Internacional de Miami. Tuvimos una agradable conversación sobre el trabajo de ellas, y entonces me dijeron cuán serios eran los problemas que las personas les presentaban. Les sugerí que tuviesen cuidado al recibir tantos problemas, ya que ellas deberían tener a alguien a quien pudiesen transferirle; de otra manera, ellas mismas estarían en serias dificultades. Ellas concordaron conmigo, y entonces les sugerí que separasen tiempo para conversar con el Señor Jesucristo por medio de la oración y el estudio de la Biblia.

2. Dios Poderoso

Jesús también es el Dios Poderoso. La plena divinidad de Cristo es nuestra garantía de salvación. Si Cristo fuese apenas un ser creado, no podría ser nuestro Salvador. Él, no es apenas un dios, y sí como dice el profeta: Dios Fuerte, Poderoso.

Algunos grupos que niegan la deidad de Cristo afirman que aunque este pasaje declara que Él es el Dios fuerte, Jesús no es el Dios Todopoderoso. Sin embargo, si continuamos con la lectura del texto de Isaías, notaremos que más adelante identifica quién es el Dios fuerte. En Isaías 10:20, 21, se dice: “En aquel tiempo, los que hayan quedado de Israel y de la casa de Jacob, nunca más se apoyarán en el que los hirió; sino que se apoyarán de verdad en el Eterno, el Santo de Israel. El remanente volverá, el remanente de Jacob volverá al Dios fuerte.” ¿Quién era el Dios fuerte para el profeta Isaías? Fue Jehová. Por lo tanto, el Mesías esperado no sería otro ser que el Dios de Israel.

En Juan 1: 1-3, se dice de él que “En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Desde el principio estaba con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él. Y nada de cuanto existe fue hecho sin él.” En el versículo 14, Juan identifica a Cristo como el Verbo, diciendo: “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.”

Pablo explica también la plena divinidad de Jesús en varias

citas de las Sagradas Escrituras:

“Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por medio de sus profetas en las Santas Escrituras, acerca de su Hijo, que según la carne, era del linaje de David; quien fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, a saber, nuestro Señor Jesucristo.” Romanos 1: 1-4.

En ese mensaje a los cristianos de Roma, Pablo señala dos verdades importantes:

1. Cristo, “según la carne, vino de la descendencia de David”. La naturaleza humana de Cristo es similar a los de aquellos que descendieron de David.

2. Cristo “fue designado Hijo de Dios con poder, [...] por la resurrección de los muertos.” Esta parte del pasaje enfatiza su divinidad.

Por medio de su victoria sobre la muerte, Jesucristo reveló su divinidad.

En su diálogo con Marta, la hermana de Lázaro, Cristo dijo: “Yo Soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre...” (Juan 11:25, 26).

“En Cristo hay vida original, no prestada, no derivada. “El que tiene al Hijo, tiene la vida.” La divinidad de Cristo es la garantía de la vida eterna para el creyente.

“En Cristo hay vida original, que no proviene ni deriva de otra. “El que tiene al Hijo, tiene la vida.” (1 Juan 5:12) La divinidad de Cristo es la garantía que el creyente tiene de la vida eterna.” El Deseado de Todas las Gentes, pág. 489.

“Haya en vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús. Quien, aunque era de condición divina, no quiso aferrarse a su igualdad con Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomó la condición de siervo, y se hizo semejante a los hombres. Y al tomar la condición de hombre, se humilló a sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” Filipenses 2: 5-8.

“En el pasado, Dios habló muchas veces y de muchas maneras, a nuestros padres mediante los profetas. Pero en estos últimos días nos habló por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por medio de quien hizo los mundos. El Hijo es el resplandor de su gloria, la misma imagen de su ser real, el que sostiene todas las cosas con su poderosa Palabra. Después de efectuar la purificación de nuestros pecados... En otra ocasión, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: “Adórenlo todos los ángeles de Dios. En cambio, al Hijo le dice: “Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre... También le dijo: “Tú oh Señor, en el principio pusiste los cimientos de la tierra, y los cielos son obras de tus manos.”

A los creyentes en Colosas, Pablo escribió: “Él nos libró de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados. Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación. Por él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados o autoridades. Todo fue creado por medio de él y para él. Porque Cristo existía antes de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en él.

Cristo el reconciliador. Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia. Él es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga la preeminencia. Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” Colosenses 1: 13-20.

En Colosenses 2: 9, el apóstol Pablo declara la plena deidad de Cristo: “ Porque en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.”

Juan, el discípulo amado, dijo: “Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero. Y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.” 1 Juan 5:20.

Sin embargo, no basta con decir que el Mesías sería Dios encarnado. El pasaje de Isaías que estamos estudiando dice que él sería el Dios Fuerte o el Dios poderoso. Al calificarlo de esa manera, el profeta trae un mensaje de esperanza para el pueblo de Dios. Isaías está afirmando que nuestro Dios puede hacer todas las cosas. Él tiene el control de la situación y podemos confiar en que Él sabe lo que es

mejor para nosotros. No importa las dificultades y tribulaciones que nos enfrentamos, nuestro Dios puede más. (Isaías 42: 1-3).

3. Padre Eterno

El profeta Isaías también nombra a Cristo como “Padre Eterno”. Los términos “Hijo de Dios” e “Hijo del Hombre” han sido usados y abusados por muchos para probar que Cristo tenía un comienzo. De hecho, el término “Hijo de Dios” significa que Cristo tiene la misma naturaleza de Dios (Juan 5:18; comparar con Juan 10: 31-33). “Hijo de hombre” significa que Cristo posee la misma naturaleza del hombre.

¿Y cuál es el significado de “Padre eterno”? Significa que Jesús tiene todos los atributos del Padre. Él es tan eterno como el Padre. Él, no tiene comienzo ni fin. Acerca de la eternidad de Cristo, Elena G. de White escribió:

“Cristo es el Hijo de Dios preexistente y existente por sí mismo. . . Al hablar de esta preexistencia, Cristo hace retroceder la mente hacia las edades sin fin. Nos asegura que nunca hubo un tiempo cuando él no haya estado en estrecha relación con el Dios eterno. Aquel cuya voz los judíos escuchaban en ese momento había estado junto a Dios (Signs of the Times, 29 de agosto, 1900)”. El Evangelismo, pág. 446.

“Cristo les muestra que aunque ellos podían calcular que su vida tenía menos de cincuenta años, sin embargo su vida divina no podía ser calculada por cálculos humanos. La existencia de Cristo antes de su encarnación no se mide con números (Signs of the Times, 3 de mayo, 1899).” Evangelismo, pág. 447.

“Por mucho que un pastor pueda amar a sus ovejas, Jesús ama aún más a sus hijos e hijas. No es solamente nuestro pastor; es nuestro “Padre eterno.” Y él dice: “Y conozco mis ovejas, y las mías me conocen. Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre.” ¡Qué declaración! Es el Hijo unigénito, el que está en el seno del Padre, a quien Dios ha declarado ser “el hombre compañero mío;” y presenta la comunión que hay entre él y el Padre como figura de la que existe entre él y sus hijos en la tierra.” El Deseado de Todas las Gentes, pág. 447.

“Cuando miramos hacia la cruz del Calvario con el ojo de la fe, y vemos nuestros pecados colocados sobre la víctima que allí pende en debilidad e ignominia, cuando comprendemos el hecho de que

éste es Dios, el Padre eterno, el Príncipe de paz, somos impulsados a exclamar: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre” (1 Juan 3: 1)...” Dios nos cuida pág. 132.

“Cristo, el Verbo, el Unigénito de Dios, era uno solo con el Padre eterno, uno solo en naturaleza, en carácter y en propósitos; era el único ser que podía penetrar en todos los designios y fines de Dios. “Y llamaráse su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isa. 9: 6)” Patriarcas y Profetas pág. 12.

4. Príncipe de Paz

Si existe algo en que el hombre moderno necesita, es de paz. Desde que se separó de Dios por causa del pecado, perdió la paz que poseía en el Edén. Solamente aceptando la reconciliación provista por el plano de la redención es que el hombre puede recuperar la paz perdida.

Pablo declara que: “Porque Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no atribuyendo a los hombres sus pecados. Y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.” 2 Corintios 5:19.

Por tanto, acordaos que en otro tiempo vosotros los gentiles en la carne erais llamados incircuncisión por la que se llama circuncisión, hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel, ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio de enemistad. Abolió en su carne la Ley de los mandatos y ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un nuevo hombre, haciendo la paz. Y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo mediante la cruz, matando en ella la enemistad. Y vino, y anunció la paz a vosotros que estabais lejos y a los que estaban cerca. Porque por medio de él, unos y otros tenemos acceso al Padre por un mismo Espíritu.” Efesios 2:11-18.

De hecho, esa es una maravillosa declaración. Pablo describe la condición del hombre cuando estaba separado de Cristo – alienado de la comunidad de Israel, ajeno al pacto de la promesa, sin esperanza y sin Dios. Sin embargo, a través del sacrificio de Cristo, fuimos traídos más cerca de Dios. Cuando Jesús murió en la cruz del Calvario,

pagó nuestra deuda para con la Ley de Dios. Pablo afirma que Cristo es nuestra paz. Es imposible alcanzar la paz sin aceptarlo como nuestro Señor y Salvador personal.

“Así, habiendo sido justificados por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo.” Romanos 5:1

Desde que la enemistad entre el hombre y Dios originada por el pecado, fue destruida por el sacrificio de Cristo en la cruz, la enemistad se retira y la paz de Dios prevalece en nosotros cuando aceptamos la muerte de Cristo en nuestro lugar.

El Verbo se hizo Carne

Jesús, siendo Dios, se tornó hombre sin perder nada de Su divinidad. “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. Y vimos su gloria, gloria que, como Hijo único, recibió del Padre.” Juan 1:14.

Pablo, en su carta a los Hebreos (capítulo 2), habla sobre la naturaleza humana de Cristo: “Pero a Jesús, que por un momento fue hecho un poco menor que los ángeles, lo vemos coronado de gloria y de honra, por haber padecido la muerte, para que por la gracia de Dios experimentase la muerte en beneficio de todos. Porque convenía que Dios, por causa de quien y por medio de quien todas las cosas existen, habiendo de llevar a la gloria a muchos hijos, perfeccionara mediante aflicciones al autor de la salvación de ellos. Porque el que santifica y los que son santificados, todos proceden de uno. Por eso, no se avergüenza de llamarlos hermanos. Así, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por su muerte al que tenía dominio de la muerte, a saber, al diablo. Y librar a los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos a servidumbre. Porque no vino para ayudar a los ángeles, sino a los descendientes de Abrahán. Por eso, debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser compasivos y fiel Sumo Sacerdote ante Dios, para expiar los pecados del pueblo. Y como él padeció al ser tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.” Hebreos 2:9-11, 14-18.

En estos pasajes de las Escrituras, existen algunos puntos esenciales que merecen especial consideración.

Cristo, siendo Dios, fue “por un momento... hecho un poco menor que los ángeles” (versículo 9). El rey David también utilizó

la misma expresión, pero aplicándola al hombre: “pienso: “¿Qué es el hombre para que lo recuerdes, y el hijo del hombre para que lo cuides? Lo hiciste un poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra.” Salmos 8:4,5. En otras palabras: Cristo se tornó hombre.

“por haber padecido la muerte”. Además de tornarse hombre, Cristo fue hecho mortal. Si Cristo no tuviese nuestra naturaleza, no podría morir. Él poseía la misma carne de la que fuimos hechos.

“Así, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por su muerte al que tenía dominio de la muerte”. De acuerdo con este trecho de las Escrituras, Cristo recibió la misma naturaleza humana que tenemos.”

“Porque no vino para ayudar a los ángeles, sino a los descendientes de Abrahán. Por eso, debía ser en todo semejante a sus hermanos”. Existía una diferencia básica entre Cristo y el pecador: “Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores...” Hebreos 7:26. ¿En qué sentido era Cristo separado de los pecadores? El mismo versículo responde a la pregunta: Él era “santo, inocente, limpio”.

Pedro dice que: “habéis sido rescatados..., no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni defecto”(1 Pedro 1:18, 19). Más adelante en su carta, el apóstol Pedro confirma esto: “Para eso fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas. El no cometió pecado, ni fue hallado engaño en su boca. Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba al que juzga con justicia.”(1 Pedro 2: 21-23). Pablo confirma esta verdad: “Al que no tenía pecado [Cristo], Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros seamos hechos justicia de Dios en él.” (2 Corintios 5:21).

¿Ha identificado la diferencia principal y básica entre Cristo y nosotros? Él no tenía pecado, y nunca cometió ningún pecado. Nunca condescendió con un solo pensamiento pecaminoso; nunca pronunció una palabra pecaminosa, y nunca practicó ninguna acción pecaminosa. Era sin pecado. Es en este sentido que estaba “separado de los pecadores.” No poseía las tendencias pecaminosas heredadas y adquiridas que tenemos. Esta condición moral y espiritual perfecta, lo habilitó para salvarnos del abismo creado por el pecado, para res-

taurar a la humanidad caída y tornarnos hijos e hijas de Dios.

“Se hermana con nuestras flaquezas, pero no alimenta pasiones semejantes a las nuestras. Como no pecó, su naturaleza rehuía el mal.” Joyas de los Testimonios Tomo 1, pág. 218.

“Viniendo a este mundo en forma humana, para vivir como un hombre entre los hombres, asumió las desventajas de la naturaleza humana, para ser sometido a la prueba. En su humanidad, participaba de la naturaleza divina. En su encarnación, el título ‘Hijo de Dios’ adquirió un nuevo significado”. The Sing of the Times. EUA: Pacific Press. 2 ago 1905.

“Él tenía un cuerpo humano y una mente humana. Él era hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne. Estuvo sujeto a la pobreza desde el mismo momento en que entró en el mundo. Estuvo bajo los chascos y las pruebas en su propio hogar, entre sus hermanos. No estaba rodeado, como en las cortes celestiales, de caracteres puros y hermosos. Estuvo rodeado de dificultades... Estaba sujeto a las dificultades que tiene la naturaleza humana. Respiraba el aire del mismo mundo que nosotros respiramos. Actuó y viajó en el mismo mundo que habitamos, el cual, según las claras evidencias que tenemos, no era más amigable a la gracia y a la justicia de lo que es hoy.” Mensajes Selectos Tomo 3, pág. 146, 147.

“Mientras, como miembro de la familia humana, era mortal, como Dios, era la fuente de la vida para el mundo. Hubiera podido resistir el avance de la muerte y rehusar ponerse bajo su dominio; pero voluntariamente puso su vida para sacar a luz la vida y la inmortalidad. [...] ¡Qué humillación fue esa! sorprendió a los ángeles. La lengua nunca podrá describirlo, la imaginación no puede captar. ¡El Verbo Eterno consintió en hacerse carne! ¡Dios se hizo hombre!” The Review and Herald, 5 jul 1887.

“Dios estaba en Cristo en forma humana, y soportó todas las tentaciones que asedian al hombre, participó en nuestro favor de todos los sufrimientos y pruebas de la sufrida naturaleza humana.” The Watchman, 10 dic 1907

Para que Cristo cumpliera su misión salvadora, Él no podía para su propio beneficio hacer uso de su divinidad para vencer las tentaciones. A lo largo de su vida, fue guiado y fortalecido por la tercera Persona de la Divinidad, el Espíritu Santo. Cada mañana, recibía el bautismo celestial. En el próximo capítulo, daremos especial atención a este hecho.

2



La Misión de Jesús y el Espíritu Santo

Desde el comienzo de la misión de Jesús en la tierra, el Espíritu Santo desempeñó un papel vital. De hecho, Jesús se hizo humano como resultado del trabajo de la tercera Persona de la Divinidad. Cuando María supo que iba a ser la madre de Jesús, el ángel Gabriel le dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el que ha de nacer será llamado Santo, el Hijo de Dios.” (Lucas 1:35).

Cuando José se enteró de que María estaba embarazada antes de casarse, se preocupó por el hecho e hizo planes para cancelar el compromiso con ella. Entonces el ángel Gabriel vino directamente del cielo para explicarle lo que realmente había acontecido, “Pensando en esto, un ángel del Señor se le apareció en sueño, y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque lo que ella ha concebido es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y lo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. (Mateo 1:20, 21).

Desde la concepción de Cristo en el seno de María, el Espíritu Santo estuvo asociado con él en toda su misión salvadora.

“Mediante el Espíritu Santo,[María] recibió sabiduría para cooperar con los agentes celestiales en el desarrollo de este niño que no tenía otro padre que Dios.” El Deseado de Todas las Gentes, pág. 49.

Cuando Jesús fue bautizado por Juan, las tres Personas de la Divinidad estuvieron presentes en la ceremonia. “Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. Y en ese momento, el cielo se abrió, y Jesús vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y una voz del cielo dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.” (Mateo 3:16, 17). Jesús fue bautizado, el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de una paloma, y el Padre profirió su voz, reconociendo públicamente a Cristo como su Hijo. “Jesús, en ocasión de su bautismo, recibió la unción del Espíritu Santo, y poco después empezó su ministerio.” *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 200.

El evangelista Marcos relata que “En seguida el Espíritu lo impulsó al desierto.” (Marcos 1:12).

En todas sus acciones, Cristo fue guiado por el Espíritu Santo. Jesús dijo a los judíos que lo acusaban de echar fuera demonios por Belcebú, “Pero si yo echo los demonios por el Espíritu de Dios, entonces ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros.” (Mateo 12:28). Lucas dice que “Lleno del Espíritu Santo, Jesús volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto.” (Lucas 4: 1). Las obras de Jesús fueron realizadas por el poder del Espíritu Santo. “Y Jesús volvió a Galilea lleno del poder del Espíritu, y su fama se difundió por toda la región.” (Lucas 4:14).

En la sinagoga de Nazaret, Jesús aplicó la profecía de Isaías 61 a sí mismo, diciendo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ungió para dar buenas nuevas a los pobres, me envió a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar a los cautivos libertad, y a los ciegos vista; a dar libertad a los oprimidos, y a predicar el año favorable del Señor”. (Lucas4:18, 19).

“La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la 99 permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.” *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 98,99.

De hecho, las tres Personas de la Divinidad, el Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo, siempre estuvieron profundamente unidos en-

tre Sí en el Plan de la creación y de la redención del hombre.

“La gloria del Evangelio consiste en que se encuentra fundado sobre el principio de restauración en la humanidad caída de la imagen Divina por medio de una manifestación constante de benevolencia. Esta obra comenzó en las cortes celestiales. Allí Dios decidió dar a los seres humanos evidencia inequívoca del amor que sentía por ellos. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3: 16).

La Divinidad se conmovió de piedad por la humanidad, y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se dieron a sí mismos a la obra de formar un plan de redención. Con el fin de llevar a cabo plenamente ese plan, se decidió que Cristo, el Hijo unigénito de Dios, se entregara a sí mismo como ofrenda por el pecado. ¿Con qué se podría medir la profundidad de este amor? Dios quería hacer que resultara imposible para el hombre decir que hubiera podido hacer más. Con Cristo, dio todos los recursos del cielo, para que nada faltara en el plan de la elevación de los seres humanos. Este es amor, y su contemplación debiera llenar el alma con gratitud inexpresable. ¡Oh, cuánto amor, cuánto amor incomparable! La contemplación de este amor limpiará el alma del egoísmo. Hará que el discípulo se niegue a sí mismo, tome su cruz y siga al Redentor.” Consejos Sobre la Salud, 219, 220.

Después de la caída de nuestros primeros padres, el “Trío Celestial”, continuó trabajando como un equipo santo en favor de la restauración de la humanidad. La verdad es que, sobre todo en los tiempos del Nuevo Testamento, el trabajo de este equipo se tornó mucho más evidente.

Todo el sufrimiento de Jesús, que culmina en la cruz del Calvario, podría haber sido en vano sin el trabajo esencial del Espíritu Santo. Por otra parte, los trabajos de la Tercera Persona de la Deidad habría sido ineficaz si Cristo no hubiera ganado el poder de las tinieblas durante su vida y en el momento de su muerte en la cruz y su resurrección victoriosa.

Como hemos visto, todos los miembros de la Trinidad juegan un papel esencial en el plan de la salvación del hombre.

“Aquel sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ése es el que bautizará con Espíritu Santo.” (Juan 1:33). Esta identificación sucedió en el bautismo de Cristo por el descenso del

Espíritu Santo sobre él en forma de paloma. La historia no sugiere que la asociación del Espíritu Santo con Jesús haya comenzado en su bautismo, ni que en aquel momento fue adoptado como el Hijo de Dios, Juan vio especialmente en el bautismo de Jesús la manifestación del preexistente Hijo (Juan 1: 29-34). Aquél en quien la esperanza profética se cumplió. Según Lucas (4:16-21), Jesús afirmó explícitamente esa identidad en su sermón en Nazaret; y esto es presentado en las historias sobre el nacimiento de Cristo, donde se hace más hincapié la concepción por el Espíritu Santo que la virginidad de María (Mateo 1:18; Lucas 1:35) Otras referencias al Espíritu Santo no son frecuentes en los Evangelios, sino que ocurren en puntos importantes, sobre todo en Lucas (4: 1, 14, 16-21 ; 11:20 [cf. Mateo 12:28]; 12:10) son la presencia y la operación destacada del Espíritu Santo en Cristo que lo tornan auténtico (Mateo 12:28; cf. 1 Juan 5: 5-12). Por lo tanto, rechazar el testimonio del Espíritu es un pecado infinitamente más grave que el pecado de rechazar el testimonio de Jesús acerca de sí mismo (Mateo 12: 31; Juan 5:31-36). La vida de Jesús es presentado como totalmente dirigida por el Espíritu Santo (Juan 3:34), y esta observación vuelve a aparecer en el libro de los Hechos (10:38).

Jesús no solamente es el portador permanente del Espíritu Santo; Él también es aquél que va a repartir el don del Espíritu Santo a los demás. Pero este acto de Jesús (que se expresa en tiempo futuro en los tres primeros Evangelios) no coincide con su manifestación como el portador del Espíritu; eso está proyectado en un futuro más allá de la misión terrenal de Cristo. Hay un intervalo definido entre la manifestación de Cristo y la distribución general del Espíritu Santo. Lucas concluye su relato del ministerio de Jesús con la orden a los discípulos para que esperasen la promesa del Padre (Lucas 24:49), y en la secuencia el mide el tiempo de espera como cincuenta días después de la Pascua (Hechos 2:1).

Los cinco relatos sobre el Consolador, tal vez una colección separada antes de su inclusión en el Evangelio según san Juan (14: 15-17; 14: 25-26; 15:26; 16:4-11; 16: 12-15) contiene la única enseñanza formal sobre el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento. La palabra abogado (Paráclito) pertenece al lenguaje de los tribunales, y significa “defensor”, opuesta al “acusador”, que se llama diabolos (demonio, Apocalipsis 12:10). El término ‘consolador’ (Paráclito) se

aplica directamente a Jesús en 1 Juan 2: 1, y también indirectamente a Cristo en Juan 14:16, donde la palabra “otro” implica una similitud entre el Consolador y Jesús; el Consolador estará con los discípulos donde Jesús ha estado y la venida del Consolador será equivalente a la venida de Jesús (Juan 14:18). Sin embargo, hay diferencias importantes más allá de la relación secuencial. Las similitudes y las diferencias se pueden resumir brevemente: las enseñanzas del Consolador se centrarán en Jesús y sus enseñanzas (Juan 14:26; 15:26; 16:14); el Consolador ampliará el alcance de las enseñanzas de Jesús al mundo (Juan 16: 8); El promoverá la comprensión de la ‘verdad’, la cual es idéntica a la de Cristo (Juan 16:13; cf. 14: 6); la presencia del Consolador con los discípulos será permanente, en contraste con la de Jesús, quien precisó ser retirada (Juan 14:16; 16:17); la presencia del Consolador será invisible e interior (Juan 14:17).

La relación entre Cristo y el Espíritu Santo también es próxima en los escritos de Pablo. La misión de Cristo y la misión del Espíritu Santo son prácticamente indistinguibles; la presencia del Espíritu Santo es equivalente a la presencia de Cristo. Designado Cristo Hijo de Dios en poder, según el Espíritu Santo (Romanos 1: 4), Él ya no es conocido según la carne (2 Corintios 5:16)”. HENDRY, George S. In *The Oxford Companion of the Bible*. Págs. 287,288.

Elena G. de White deja claro la obra de Jesús en favor de los pecadores y la obra del Espíritu Santo en ellos, con las siguientes palabras:

“Cristo, nuestro Mediador, y el Espíritu Santo están intercediendo constantemente en favor del hombre, pero el Espíritu no ruega por nosotros como lo hace Cristo, quien presenta su sangre derramada desde la fundación del mundo. El Espíritu actúa sobre nuestro corazón instándonos a la oración y al arrepentimiento, a la alabanza y al agradecimiento. La gratitud que fluye de nuestros labios es el resultado de la acción del Espíritu sobre las cuerdas del alma en santos recuerdos que despiertan la música del corazón.

Los servicios religiosos, las oraciones, la alabanza, la confesión arrepentida del pecado ascienden desde los verdaderos creyentes como incienso ante el santuario celestial, pero al pasar por los canales corruptos de la humanidad, se contaminan de tal manera que, a menos que sean purificados por sangre, nunca pueden ser de valor ante Dios. No ascienden en pureza inmaculada, y a menos que el In-

tercesor, que está a la diestra de Dios, presente y purifique todo por su justicia, no son aceptables ante Dios. Todo el incienso de los tabernáculos terrenales debe ser humedecido con las purificadoras gotas de la sangre de Cristo. El sostiene delante del Padre el incensario de sus propios méritos, en los cuales no hay mancha de corrupción terrenal. Recoge en ese incensario las oraciones, la alabanza y las confesiones de su pueblo, y a ellas les añade su propia justicia inmaculada. Luego, perfumado con los méritos de la propiciación de Cristo, asciende el incienso delante de Dios plena y enteramente aceptable. Así se obtienen respuestas benignas." Mensajes Selectos, Tomo 1, págs. 403, 404.

Aquí también vemos a Jesús y el Espíritu Santo trabajando juntos por la salvación del hombre. Para apreciar debidamente el trabajo de la tercera Persona de la Divinidad, necesitamos conocerlo mejor. Este será el objeto de estudio del próximo capítulo.

3



¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO?

La primera mención en las Escrituras sobre el Espíritu Santo se encuentra en Génesis 1: 1, 2: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba desierta y vacía, las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas”.

Toda la Divinidad trabajó juntos en la creación del universo. La expresión “Hagamos” (Génesis 1:26) se puede aplicar perfectamente a la creación de todas las cosas. La pluralidad del comando está en armonía con la pluralidad de la Divinidad.

Juan afirma categóricamente que el Padre y Jesucristo estaban presentes, trabajando en la creación del universo:

“En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Desde el principio estaba con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él. Y nada de cuanto existe fue hecho sin él”. (Juan 1: 1-3).

En Génesis 1: 2, se destaca la presencia del Espíritu Santo trabajando en la creación (Salmo 104: 30; Job 33: 4).

Cuando la corrupción del hombre exigió un castigo divino por medio del diluvio, el Señor dijo: “Mi Espíritu no contendrá con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne. Así, sus días serán 120 años”. (Génesis 6: 3). Cuando el Faraón de Egipto decidió elegir a José como su primer ministro, preguntó a sus siervos: “¿Hallaremos a otro hombre como éste, que tiene el Espíritu de Dios?” (Génesis 41:38).

Siglos más tarde, cuando Moisés estaba planeando la construcción del tabernáculo en el desierto, fue instruido por Dios para elegir hombres especialmente dotados para hacer el trabajo. Dios le dijo: “Mira, yo he llamado por su nombre a Bezaleel, hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá. Lo he llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría, in-

teligencia, ciencia y en todo artificio” (Éxodo 31: 2, 3). Tras el regreso de la cautividad babilónica durante el trabajo de reforma de Esdras y Nehemías, estas palabras fueron dichas acerca del Espíritu Santo: “Les diste tu buen Espíritu para enseñarlos, no retiraste tu maná de su boca, y les diste agua en su sed”. (Nehemías 9:20).

En el Salmo 143, versículo 10, David usa las siguientes palabras: “Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios. Tu buen Espíritu me guíe en tierra de rectitud” El mismo David, en su confesión, le rogó al Señor: “No me eches de tu presencia, y no retires de mí tu Santo Espíritu” (Salmo 51: 1).

Durante todo el período del Antiguo Testamento, el Espíritu Santo estuvo trabajando continuamente en el corazón humano con el fin de llevarlo de regreso a su Creador. Su acción en el Antiguo Testamento prefigura lo que Él haría más ampliamente en el Nuevo Testamento. Después de establecido el nuevo pacto, la personalidad, la divinidad y la poderosa obra del Espíritu Santo se han tornaron mucho más prominente.

En sus últimas horas, justo antes de ir al Getsemaní y, poco después, a la cruz, Cristo consoló a sus discípulos con esta promesa: “y yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre, al Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce. Pero vosotros lo conocéis, porque está con vosotros, y estará en vosotros”. (Juan 14:16, 17).

Existen en esas escrituras algunos puntos esenciales que merecen una consideración cuidadosa. Jesús prometió a sus discípulos “otro Consolador”. ¿Por qué otro? Él mismo, Cristo es nuestro Consolador. La palabra griega usada es *paracletos*, que significa “consolador” o “abogado”. Esta misma palabra es utilizada en 1 Juan 2: 1, 2, donde tenemos una maravillosa promesa: “ Hijitos míos, esto os escribo para que no pequéis. Pero si alguno hubiera pecado, Abogado tenemos (*paracletos*) ante el Padre, a Jesucristo el Justo. El es la víctima por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. Visto que Cristo, el primer Consolador, estaba dejando a sus discípulos para retornar al Padre, Él prometió enviarles un “otro”, el Espíritu Santo para estar con sus seguidores en la tierra.

Tenga en cuenta que el pronombre personal *El*, es aplicado al Espíritu Santo en varias ocasiones. De hecho, Él es una persona, y no apenas un poder o influencia.

En el mismo capítulo 14 de Juan, versículo 26, Jesús explica a sus discípulos: “ Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre en-

viará en mi Nombre, os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho". Aquí, Cristo lo identifica como un Maestro y alguien que trae a la memoria las verdades que han sido enseñados por Él a sus discípulos, ya que no las podían comprender plenamente antes de la obra del Espíritu Santo en favor de ellos.

En Juan 16, encontramos verdades adicionales mencionadas por Jesús, sobre el Espíritu Santo. Consideremos los versículos 7-14: " Sin embargo, os digo la verdad: Os conviene que me vaya, porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros. Pero al irme, os lo enviaré. Y cuando él venga convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, porque no creen en mí. De justicia porque voy al Padre, y no me veréis más. Y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ahora ya está condenado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar. Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oiga, y os hará saber lo que ha de venir. El me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo comunicará".

Cristo enviaría el Espíritu Santo para que lo representara en la tierra, después de su partida. Esta promesa se cumplió en el día del Pentecostés. Aquí el Espíritu Santo es identificado como convenciendo al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16: 8). Y Cristo explica: "De pecado, porque no creen en mí" (versículo 9). Aquellos que creen en Jesús como su Salvador y Señor ya están convencidos de pecado. Ellos se arrepintieron, confesaron sus pecados y fueron justificados por la fe en la justicia de Cristo, y están preparados para el juicio. Pero el mundo no cree en Jesús, y es por eso que ellos (las personas del mundo que no conocen a Jesús) necesitan ser convencidos de pecado. Es el Espíritu Santo que inspira la fe en Cristo, para recibir su justicia imputada y la impartida. En la muerte de Jesús en la cruz del Calvario, se firmó el certificado de defunción de Satanás. Dijo Juan en Apocalipsis 12:10: " ¡Ahora ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo! Porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche ante nuestro Dios". Cuando Cristo dijo: "Consumado es" Él se estaba refiriendo al plan de la salvación. Estaba claro ante todo el universo, el contraste entre el carácter amoroso de Dios y la maldad de Satanás.

"Y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado." Debido a que el diablo fue derrotado por la muerte de Cristo en la cruz (Juan 16:11), aquellos que se identifican con Jesús en vital conexión

con él, están libres del control de Satanás.

Cristo también explicó a los discípulos que algunas verdades que no podían entender durante su ministerio terrenal, se tornarían claras por el ministerio del Espíritu Santo (Juan 16:12, 13). La obra de la tercera persona de la Divinidad sería la de guiar a toda la verdad. Y más que eso, Él glorificaría a Cristo (Juan 16:17). Revelaría y comunicaría el carácter de Jesús a sus discípulos.

“El sentimiento de su indignidad inducirá al corazón a tener hambre y sed de justicia, y este deseo no quedará frustrado. Los que den lugar a Jesús en su corazón, llegarán a sentir su amor. Todos los que anhelan poseer la semejanza del carácter de Dios quedarán satisfechos. El Espíritu Santo no deja nunca sin ayuda al alma que mira a Jesús. Toma de las cosas de Cristo y se las revela. Si la mirada se mantiene fija en Cristo, la obra del Espíritu no cesa hasta que el alma queda conformada a su imagen”. *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 269.

En los Hechos de los Apóstoles, el Dr. Lucas, el “médico amado”, nos da una visión más amplia de la persona, de la divinidad y de la obra del Espíritu Santo. A la verdad, podríamos llamar el libro de los Hechos de “El ministerio del Espíritu Santo.” Luego al inicio de los Hechos, existe una orden de Cristo a sus apóstoles para permanecer en Jerusalén, en preparación profunda para el bautismo del Espíritu Santo: “Pero recibiréis el poder, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”. (Hechos 1: 8).

Ahora que sabemos un poco más sobre la persona del Espíritu Santo, podemos, en el capítulo siguiente, ir un poco más profundo en nuestro estudio sobre Su misión.

4

EL MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO

En este capítulo, se prestará atención especial a los relatos del Espíritu Santo que se encuentran en el libro de los Hechos. John Stott sugiere que sería mejor si el libro de Los Hechos de los Apóstoles fuese llamado “Hechos del Espíritu Santo”. Stott, John. *A Biblia toda, o ano todo: Meditaciones diarias de Génesis a Apocalipsis*, Viçosa: Ultimato. P. 290. Tiene sentido. La obra de los apóstoles y de los primeros cristianos era en realidad un resultado de la acción Espíritu Santo en y a través de ellos. Los discípulos de Cristo apenas fueron instrumentos en las manos de Dios para hacer una obra sencillamente maravillosa.

Consideremos algunos hechos notables que revelan la divinidad y personalidad del Espíritu Santo. En la introducción al libro de los Hechos, Lucas dice: “En el primer libro, oh Teófilo, escribí de todo lo que Jesús hizo y enseñó, hasta el día en que fue llevado al cielo, después de dar instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido”. (Hechos 1: 1, 2).

Una vez más, aquí vemos la perfecta armonía entre Cristo y el Espíritu Santo. Lucas dice que Cristo dio mandamientos a sus discípulos “por intermedio del Espíritu Santo.” La manifestación del Espíritu Santo en Pentecostés se convirtió en un hecho histórico para la iglesia cristiana primitiva. Pero ¿qué sucedió realmente en ese día?

En la ascensión de Cristo, había cerca de quinientos creyentes (1 Corintios 15: 6). Si tenemos en cuenta sólo ese número, parece que todo el ministerio de Cristo no tuvo éxito. Pero la misión de Cristo,

además de ganar almas tenía otros objetivos importantes. Durante su misión de tres años y medio, Cristo sembró la semilla del Evangelio y preparó a sus sucesores en la tierra.

En el día de Pentecostés, ciento veinte discípulos estaban reunidos (Hechos 1:15). Ellos habían alcanzado unión y armonía, esperando el cumplimiento de la promesa. “Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento impetuoso, y llenó la casa donde estaban. Y les aparecieron lenguas como de fuego, que se repartieron, y se posaron sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía que hablasen”. (Hechos 2: 2-4). Los discípulos, que nunca habían asistido a la escuela de los rabinos, estuvieron tres años y medio a tiempo completo con el Maestro de maestros. Ahora estaban investidos con poder de lo alto para hacer un trabajo que, por sí mismos, serían totalmente incapaces de hacer.

“Al producirse ese ruido, se juntó una multitud. Y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua”. (Hechos 2: 6). ¿Cuál fue el resultado? En esa ocasión, en Jerusalén, estaban representados cerca de quince países diferentes: “Partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto, la región de Libia que colinda con Cirene, y extranjeros de Roma, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes”. (Hechos 2: 9-11).

¿Qué dijeron ellos? “les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios”. (Versículo 11). Los discípulos recibieron el don de hablar en otras lenguas. A partir de entonces, estaban aptos para hablar con perfección su propio idioma, y además hablar otros idiomas con fluidez.

Aquellos que están empeñados en el aprendizaje de un nuevo idioma, especialmente adultos como lo eran los apóstoles, saben, por experiencia propia, el tiempo que se necesita para dominar otro idioma. Pero los discípulos, tan pronto recibieron ese don, ese mismo día, ya lo estaban utilizando para difundir el Evangelio a través de diferentes idiomas.

“Así, los que recibieron su palabra, fueron bautizados. Y se les unieron en ese día como tres mil personas.” (Hechos 2:41). ¿Cuál fue la esencia del mensaje presentado? Pedro dijo: “Jesús nazareno fue varón aprobado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y

señales, que Dios realizó por medio de él entre vosotros, como sabéis. “A éste, entregado por el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros prendisteis y matasteis por mano de los inicuos, y lo crucificasteis. A éste, Dios lo resucitó, rotos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuera retenido por ella”. (Hechos 2: 22-24).

¿Cuál fue el mensaje central predicado por los discípulos? La vida perfecta de Cristo, su muerte vicaria en la cruz, su resurrección, ascensión, intercesión y su segunda venida. Cristo vino para revelar y exaltar el carácter del Padre (Juan 17: 4). El Espíritu Santo vino para exaltar a Cristo y al Padre (Juan 16:14).

Pedro terminó su mensaje con un poderoso llamado: “ Pedro contestó: “Arrepentíos, y sed bautizados cada uno de vosotros en el Nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados. Y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para vosotros, para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor, nuestro Dios llame”. (Hechos 2:38, 39).

“Dios puede infundir nueva vida en cada alma que sinceramente desea servirle, y puede tocar los labios con un carbón encendido tomado del altar y hacer que se vuelva elocuente con su alabanza a Dios. Miles de voces serán impregnadas con poder para presentar públicamente las admirables verdades de la palabra de Dios. Se desatará la lengua del tartamudo, y los tímidos recibirán fuerza para dar un valeroso testimonio de la verdad. Quiera el Señor ayudar a su pueblo a limpiar el templo del alma de toda contaminación, y a mantener una relación tan íntima con él que puedan ser participantes de la lluvia tardía cuando ésta se derrame (RH 20-7-1886).

Cuando entregamos nuestra vida a Jesucristo, recibimos el don del Espíritu Santo. ¿No es una noticia maravillosa?

La personalidad y deidad del Espíritu Santo

“En cambio, un hombre llamado Ananías, con Safira su esposa, vendió una posesión, y sabiéndolo también su esposa, se quedó con una parte del dinero. Trajo el resto, y lo puso a los pies de los apóstoles. Pedro le dijo: “Ananías, ¿por qué Satanás ha llenado tu corazón hasta inducirte a mentir al Espíritu Santo, y a quedarte con parte del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no quedaba para ti? Y vendida,

¿no estaba en tu potestad? ¿Por qué pusiste eso en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios". Hechos 5: 1-4.

Aquí nos encontramos con una experiencia verdaderamente notable. Ananías y su esposa, Safira, eran miembros de la iglesia cristiana primitiva. Habiendo vendido una propiedad, eran libres de ofrendar cualquier parte de la venta, parte de ella o nada. Sin embargo, si ellos donasen todo, sin duda, ganarían la reputación de personas muy caritativas. Entonces decidieron donar solamente una parte y fingir que estaban ofreciendo todo.

Ellos se olvidaron de un detalle muy importante: no estaban tratando con simples mortales, mas con Dios. Pedro le preguntó a Ananías: "¿por qué Satanás ha llenado tu corazón hasta inducirte a mentir al Espíritu Santo?" En el versículo 4, el apóstol le dijo: "No has mentido a los hombres sino a Dios." Mentir al Espíritu Santo es equivalente a mentir a Dios, ya que el Espíritu Santo es Dios. En las Escrituras, encontramos dos características principales del Espíritu Santo:

1. Él es una persona divina. No podemos mentir sencillamente a un poder o a una influencia, pero si a una persona.

2. Él es Dios. Pedro fue muy claro. La pareja apóstata no estaba mintiendo a un ser humano, sino a Dios.

Tomemos la lección para nuestro corazón. Dios odia la hipocresía. Él ama corazones sinceros. "La religión de Cristo es la sinceridad misma". El Deseado de Todas las Gentes, pág. 377.

Aún en el capítulo 5, versículo 32, Pedro dice: "Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, que Dios ha dado a los que le obedecen". Aquí Pedro identifica al Espíritu Santo como testigo. Solamente una persona puede ser un testigo, y el apóstol usa el pronombre personal que.

Poco después de la organización de la iglesia primitiva cristiana, los apóstoles se encontraron con un grave problema que Satanás utilizó para crear división entre los hermanos. ¿Cuál fue el problema y cómo los apóstoles encontraron la solución? Vamos a ver lo que Lucas dice: "En esos días, como crecía el número de los discípulos, los creyentes griegos se quejaron contra los hebreos, de que sus viudas eran descuidadas en la asistencia diaria. Entonces, los doce convoca-

ron a la multitud de los discípulos, y dijeron: “No es bueno que nosotros descuidemos el ministerio de la Palabra de Dios, para servir a las mesas. Por tanto, hermanos, elegid de entre vosotros a siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos este trabajo”. (Hechos 6: 1-3).

Los apóstoles también estaban llenos del Espíritu Santo, que los llevó a tal sabia decisión. Uno de los diáconos elegidos fue Esteban, “ hombre lleno de fe y del Espíritu Santo”. En Hechos 7, Esteban comienza su testimonio ante el Sanedrín, resumiendo la historia de Israel desde la salida de Abraham de su tierra. En cierta parte de su descripción, Esteban dice: “¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu santo. Como vuestros padres, así también vosotros.”. (Hechos 7:51).

Afirmó que los judíos siempre resistieron al Espíritu Santo. Desde el comienzo de la historia de Israel, el Espíritu Santo había trabajado en sus corazones, pero ellos lo resistieron hasta que llegaron al punto de perseguir y matar al Mesías prometido, Jesucristo y sus discípulos.

En Hechos 9:31, está escrito que: “Entonces las iglesias de toda Judea, Galilea y Samaria, disfrutaban de paz; eran edificadas y andaban en la reverencia del Señor. Y alentadas por el Espíritu Santo se multiplicaban”. Nosotros ya hemos considerado la obra el Espíritu Santo como Consolador. Aquí tenemos su obra evidenciada en favor de las iglesias.

En el mismo libro, en el capítulo 13, nos encontramos con otra notable experiencia en la iglesia cristiana primitiva que implica la acción directa del Espíritu Santo. “Había entonces en la iglesia de Antioquía, profetas y maestros: Bernabé y Simón llamado Níger, Lucio el cireneo, Manaén, criado con Herodes el tetrarca, y Saulo. Un día, mientras estaban celebrando el culto al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la cual los he llamado”. Entonces habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos, y los enviaron. Enviados así por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre”. (Versículos 1-4). En esa ocasión, el Espíritu Santo realmente coordinó directamente todo el proceso al seleccionar a Bernabé y a Saulo y enviarlos a Seleucia y Chipre. Note las expresiones proferidas por el Espíritu Santo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la cual los he llamado... En-

viados así por el Espíritu Santo...”.

El Concilio General en Jerusalén

El esfuerzo del grupo de cristianos judíos, conocidos como judaizantes, causó una gran expectación entre los cristianos gentiles con el tema de la circuncisión. Después de una seria consideración, las iglesias decidieron enviar representantes a Jerusalén a fin de encontrar una solución divinamente inspirada para el problema que estaba dividiendo a los fieles. En ese concilio histórico, el Espíritu Santo desempeñó un papel vital para mantener a los apóstoles y a toda la iglesia en unidad.

Consideremos algunos hechos descritos en Hechos 15. “Entonces vinieron de Judea algunos que enseñaban a los hermanos: “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos”. Como Pablo y Bernabé tuvieron una severa discusión y contienda con ellos, se dispuso que Pablo, Bernabé y algunos otros fueran a Jerusalén, a los apóstoles y a los ancianos, para tratar esta cuestión”. (Versículos 1 y 2). “Entonces se reunieron los apóstoles y los ancianos para tratar este asunto”. (Versículo 6).

Después de la consideración del Concilio, el problema se resolvió, y los hermanos responsables prepararon una circular para ser enviadas a las iglesias con la siguiente resolución: “Los apóstoles, los ancianos y los hermanos, a los hermanos de entre los gentiles que están en Antioquía, Siria y Cilicia, salud. Hemos sabido que sin nuestra autorización, algunos han salido de nosotros, y os han inquietado y han turbado vuestro ánimo con sus palabras, [mandando que os circuncidéis y guardéis la Ley]. Así, de común acuerdo, nos ha parecido bien enviaros algunos hombres, con nuestros amados hermanos Bernabé y Pablo, que han expuesto su vida por el Nombre de nuestro Señor Jesucristo. Así, enviamos a Judas y a Silas, que también de palabra os harán saber lo mismo. Porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: Que os abstengáis de alimentos sacrificados a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y de fornicación. Haréis bien en guardaros de estas cosas. Pasadlo bien”. (Hechos 15: 23-29).

De hecho, este fue el primer documento escrito y registrado en la Biblia y enviado por el Concilio General compuesto por repre-

sentantes de las iglesias cristianas, con el fin de resolver un problema que estaba afectando a los hermanos y amenazando la unidad de la iglesia. Observe la expresión: “Porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros”. El Espíritu Santo y los apóstoles estaban trabajando en completa armonía para el desenvolvimiento y el progreso de la iglesia en todas las áreas de acción.

“Los diversos puntos envueltos en el arreglo del principal asunto en disputa parecían presentar ante el concilio dificultades insuperables. Pero en realidad el Espíritu Santo había resuelto ya este asunto, de cuya decisión parecía depender la prosperidad, si no la existencia misma, de la iglesia cristiana”. Los Hechos de los Apóstoles, pág. 156.

Habiendo considerado el trabajo vital del Espíritu Santo durante la misión de Cristo y los apóstoles, consideraremos en los próximos capítulos, el pacto de la gracia y la obra de Cristo en diferentes aspectos.

5



EL PACTO DE GRACIA

El profeta Jeremías fue el primer escritor de la Biblia en utilizar el término “nuevo pacto” o “nueva alianza”, dice: “Vienen días —dice el Eterno—, en que haré un nuevo pacto con la casa de Jacob y de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de Egipto. Porque ellos invalidaron mi pacto, aunque yo fui un esposo para ellos —dice el Eterno—. Este es el pacto que haré con Israel después de aquellos días, —dice el Eterno—: Pondré mi Ley en sus mentes, y la escribiré en sus corazones. Y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y ninguno enseñará más a su prójimo, ni a su hermano, diciendo: ‘Conoce al Señor’. Porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor —dice el Señor—. Y perdonaré su maldad, y no me acordaré más de su pecado”. (Jeremías 31: 31-34).

Más de seis siglos más tarde, Pablo repitió esa maravillosa promesa en su carta a los Hebreos. Él comienza el Capítulo 8 diciendo: “Lo principal de lo que venimos diciendo es que tenemos un Sumo Sacerdote que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en el cielo; y es ministro del Santuario, de aquel verdadero Santuario que el Señor levantó, y no el hombre. Pero ahora tanto mejor ministerio es el de Jesús, por cuanto es mediador de un pacto mejor, basado sobre mejores promesas. Porque si el primer pacto hubiera sido sin defecto, no se hubiera procurado un segundo pacto”. (Versículos 1, 2, 6, 7).

Y entonces, Pablo repite la profecía de Jeremías con una pequeña variación: “Pero Dios reprendiéndolos dijo: “Vienen días -dice

el Señor-, en que concertaré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo pacto. No como el pacto que hice con sus padres, el día que los tomé por la mano para sacarlos de Egipto. Porque ellos no permanecieron en mi pacto, y me desentendí de ellos -dice el Señor-. Este es el pacto que haré con la casa de Israel, después de aquellos días -dice el Señor-: Pondré mis leyes en la mente de ellos, las escribiré sobre su corazón; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y ninguno enseñará a su prójimo, ni a su hermano, diciendo: ‘Conoce al Señor’; porque todos me conocerán, desde el menor de ellos hasta el mayor. Porque perdonaré sus maldades, y no me acordaré más de sus pecados”. (Versículos 8-12). Luego Termina el capítulo 8 diciendo: “Al llamar “nuevo” a este pacto, declara anticuado al primero. Y lo anticuado se envejece y desaparece”. (Versículo 13).

En estas dos citas bíblicas, la primera escrita por el profeta Jeremías y la segunda registrada por el apóstol Pablo, encontramos:

El antiguo pacto

1. Fue realizada con Israel en el Sinaí, poco después de salir de Egipto.
2. Fue quebrantada por el pueblo de Israel unos días después de su compromiso público, donde se inclinaron ante el becerro de oro.
3. En esa ocasión, la ley de los Diez Mandamientos fue escrita en tablas de piedra.
4. Fue ratificado por la sangre de los animales.

El nuevo pacto

1. Fue realizada con Adán después del pecado y fue repetida a Abraham y a otros patriarcas.
2. Bajo el nuevo pacto, la ley de Dios es escrita en el corazón del creyente
3. Contiene la promesa del perdón basado en los méritos de Cristo.
4. Fue ratificado por la sangre de Cristo en el Calvario.

Consideremos las dos alianzas con cuidado:

a. El antiguo pacto

Poco después de haber sacado a su pueblo de Egipto, Dios los llevó al Sinaí. Debido a la larga esclavitud y al contacto cercano con

los paganos, los israelitas perdieron su sentido de la majestad y de la justicia de Dios, y de su propia condición pecaminosa.

Cuando la ley de los Diez Mandamientos se presentó con una potente manifestación de la grandeza de Dios, el pueblo, confiando en su propia justicia, prometió obedecer fielmente los requerimientos de Dios. Ellos dijeron: “Haremos todo lo que el Eterno ha dicho”. (Éxodo 19: 8).

Sin embargo, después de unos días, ellos quebraron el pacto, adorando al becerro de oro. Ese pacto se tornó sin efecto debido a su abierta desobediencia.

b. El nuevo pacto

El nuevo pacto, hecho con Adán después de su pecado, se basaba únicamente en la gracia y la misericordia de Dios. El hombre, consciente de su incapacidad para obedecer a la ley de Dios por sus propias fuerzas, era llevado a confiar en los méritos de Cristo.

Aceptando a Cristo como su única esperanza de perdón y vida eterna, bajo la condición de obediencia, el hombre tiene la ley de Dios escrita en su corazón por el Espíritu Santo.

¿Cuál fue entonces el propósito del nuevo pacto en el Sinaí, considerando que el pacto de la gracia ya había sido revelado a Adán, Abraham, Moisés y a otros?

¿Por qué el pacto del Sinaí es llamada de antiguo pacto, aunque haya sido establecido después del pacto de la gracia?

“El pacto de la gracia se estableció primeramente con el hombre en el Edén, cuando después de la caída se dio la promesa divina de que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza. Este pacto puso al alcance de todos los hombres el perdón y la ayuda de la gracia de Dios para obedecer en lo futuro mediante la fe en Cristo. También les prometía la vida eterna si eran fieles a la ley de Dios. Así recibieron los patriarcas la esperanza de la salvación.

Este mismo pacto le fue renovado a Abrahán en la promesa: “En tu simiente serán benditas todas las gentes de la tierra.” (Gén. 22: 18.) Esta promesa dirigía los pensamientos hacia Cristo. Así la entendió Abrahán. (Véase Gál. 3: 8, 16), y confió en Cristo para obtener el perdón de sus pecados. Fue esta fe la que se le contó como justicia. El pacto con Abrahán también mantuvo la autoridad de la ley

de Dios. El Señor se le apareció y le dijo: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí, y sé perfecto.” El testimonio de Dios respecto a su siervo fiel fue: “Oyó Abrahán mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes,” y el Señor le declaró: “Estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu simiente después de ti en sus generaciones, por alianza perpetua, para serte a ti por Dios, y a tu simiente después de ti.” (Gén 17: 1, 7; 26: 5.)

Aunque este pacto fue hecho con Adán, y más tarde se le renovó a Abrahán, no pudo ratificarse sino hasta la muerte de Cristo. Existió en virtud de la promesa de Dios desde que se indicó por primera vez la posibilidad de redención. Fue aceptado por fe: no obstante, cuando Cristo lo ratificó fue llamado el pacto nuevo. La ley de Dios fue la base de este pacto, que era sencillamente un arreglo para restituir al hombre a la armonía con la voluntad divina, colocándolo en situación de poder obedecer la ley de Dios.

Otro pacto, llamado en la Escritura el pacto “antiguo,” se estableció entre Dios e Israel en el Sinaí, y en aquel entonces fue ratificado mediante la sangre de un sacrificio. El pacto hecho con Abrahán fue ratificado mediante la sangre de Cristo, y es llamado el “segundo” pacto o “nuevo” pacto, porque la sangre con la cual fue sellado se derramó después de la sangre del primer pacto. Es evidente que el nuevo pacto estaba en vigor en los días de Abrahán, puesto que entonces fue confirmado tanto por la promesa como por el juramento de Dios, “dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta.” (Heb. 6: 18.)

Pero si el pacto confirmado a Abrahán contenía la promesa de la redención, ¿por qué se hizo otro pacto en el Sinaí? Durante su servidumbre, el pueblo había perdido en alto grado el conocimiento de Dios y de los principios del pacto de Abrahán. Al libertarlos de Egipto, Dios trató de revelarles su poder y su misericordia para inducirlos a amarle y a confiar en él. Los llevó al mar Rojo, donde, perseguidos por los egipcios, parecía imposible que escaparan, para que pudieran ver su total desamparo y necesidad de ayuda divina; y entonces los libró. Así se llenaron de amor y gratitud hacia él, y confiaron en su poder para ayudarles. Los ligó a sí mismo como su libertador de la esclavitud temporal.

Pero había una verdad aun mayor que debía grabarse en sus mentes. Como habían vivido en un ambiente de idolatría y corrup-

ción, no tenían un concepto verdadero de la santidad de Dios, de la extrema pecaminosidad de su propio corazón, de su total incapacidad para obedecer la ley de Dios, y de la necesidad de un Salvador. Todo esto se les debía enseñar.

Dios los llevó al Sinaí; manifestó allí su gloria; les dio la ley, con la promesa de grandes bendiciones siempre que obedecieran: "Ahora pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, . . . vosotros seréis mi reino de sacerdotes, y gente santa." (Exo. 19: 5, 6.) Los israelitas no percibían la pecaminosidad de su propio corazón, y no comprendían que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y con excesiva premura concertaron su pacto con Dios. Creyéndose capaces de ser justos por sí mismos, declararon: "Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos." (Exo. 24: 7.) Habían presenciado la grandiosa majestad de la proclamación de la ley, y habían temblado de terror ante el monte; y sin embargo, apenas unas pocas semanas después, quebrantaron su pacto con Dios al postrarse a adorar una imagen fundida. No podían esperar el favor de Dios por medio de un pacto que ya habían roto; y entonces viendo su pecaminosidad y su necesidad del Salvador revelado en el pacto de Abrahán y simbolizado en los sacrificios. De manera que mediante la fe y el amor se vincularon con Dios como su libertador de la esclavitud del pecado. Ya estaban capacitados para apreciar las bendiciones del nuevo pacto. Los términos del pacto antiguo eran: Obedece y vivirás. "El hombre que los hiciere, vivirá en ellos" (Eze. 20: 11; Lev. 18: 5.); pero "maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para cumplirlas." (Deut. 27: 26.) El nuevo pacto se estableció sobre "mejores promesas," la promesa del perdón de los pecados y de la gracia de Dios para renovar el corazón y ponerlo en armonía con los principios de la ley de Dios. "Este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en sus entrañas, y escribiréla en sus corazones; y . . . perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado." (Jer. 31: 33, 34.)

La misma ley que fue grabada en tablas de piedra es escrita por el Espíritu Santo sobre las tablas del corazón. En vez de tratar de establecer nuestra propia justicia, aceptamos la justicia de Cristo. Su obediencia es aceptada en nuestro favor. Entonces el corazón renovado por el Espíritu Santo producirá los frutos del Espíritu. Mediante la gracia de Cristo viviremos obedeciendo a la ley de Dios escrita en

nuestro corazón. Al poseer el Espíritu de Cristo, andaremos como él anduvo. Por medio del profeta, Cristo declaró respecto a sí mismo: “El hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado; y tu ley está en medio de mis entrañas.” (Sal. 40: 8) Y cuando entre los hombres, dijo: “No me ha dejado el Padre; porque yo, lo que a él agrada, hago siempre.” (Juan 8: 29)

El apóstol Pablo presenta claramente la relación que existe entre la fe y la ley bajo el nuevo pacto. Dice: “Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.” “¿Luego deshacemos la ley por la fe? En ninguna manera; antes establecemos la ley.” “Porque lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne [no podía justificar al hombre, porque éste en su naturaleza pecaminosa no podía guardar la ley], Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, mas conforme al espíritu.” (Rom. 5: 1; 3: 31; 8: 3, 4.)

La obra de Dios es la misma en todos los tiempos, aunque hay distintos grados de desarrollo y diferentes manifestaciones de su poder para suplir las necesidades de los hombres en los diferentes siglos. Empezando con la primera promesa evangélica, y siguiendo a través de las edades patriarcal y judía, para llegar hasta nuestros propios días, ha habido un desarrollo gradual de los propósitos de Dios en el plan de la redención. El Salvador simbolizado en los ritos y ceremonias de la ley judía es el mismo que se revela en el Evangelio. Las nubes que envolvían su divina forma se han esfumado; la bruma y las sombras se han desvanecido; y Jesús, el Redentor del mundo, aparece claramente visible. El que proclamó la ley desde el Sinaí, y entregó a Moisés los preceptos de la ley ritual, es el mismo que pronunció el sermón sobre el monte. Los grandes principios del amor a Dios, que él proclamó como fundamento de la ley y los profetas, son sólo una reiteración de lo que él había dicho por medio de Moisés al pueblo hebreo: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todo tu poder.” Y “amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (Deut. 6:4, 5; Lev. 19: 18.) El Maestro es el mismo en las dos dispensaciones. Las demandas de Dios son las mismas. Los principios de su gobierno son los mismos. Porque todo procede de Aquel “en el cual no hay mudan-

za, ni sombra de variación". (Sant. 1:17.) Patriarcas y Profetas, págs. 386 – 390.

Íntimamente relacionado con el pacto de la gracia están las promesas de Dios a Sus hijos, escritas en Ezequiel 36:25-27: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos. Os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Pondré mi Espíritu dentro de vosotros, y haré que andéis en mis Mandamientos, que guardéis mis normas, y las cumpláis".

Aquí está el único camino por el cual podemos lograr la victoria total sobre el pecado: permitir que Dios nos lave y nos purifique de nuestras impurezas espirituales y de nuestros ídolos. Solamente Él puede darnos un corazón nuevo y capacitarnos a caminar en sus estatutos, en sus juicios y en su ley.

"Cuando Jesús habla de un nuevo corazón, se refiere a la mente, a la vida, a todo el ser. Tener un cambio de corazón quiere decir apartar los efectos de este mundo y aferrarse de Cristo. Tener un nuevo corazón es tener nueva mente, nuevos propósitos, nuevos motivos. ¿Cuál es la señal de un nuevo corazón?: una vida nueva. Hay una muerte diaria y de cada hora al egoísmo y al orgullo. -YI 26-9-1901. Hijos e Hijas de Dios, pág. 102

"Ninguna ceremonia exterior puede reemplazar a la fe sencilla y a la entera renuncia al yo. Pero ningún hombre puede despojarse del yo por sí mismo. Sólo podemos consentir que Cristo haga esta obra. Entonces el lenguaje del alma será: Señor, toma mi corazón; porque yo no puedo dártelo. Es tuyo, manténlo puro, porque yo no puedo mantenerlo por ti. Sálvame a pesar de mi yo, mi yo débil y desemejante a Cristo. Modélame, fórmame, elévame a una atmósfera pura y santa, donde la rica corriente de tu amor pueda fluir por mi alma." Reflejemos a Jesús, pág. 252.

6

JESÚS, EL PROFETA

En las Sagradas Escrituras, Jesús recibe varios títulos relacionados a su naturaleza, su posición en la Divinidad y su misión salvadora. En este capítulo, vamos a prestar especial atención a la misión de Jesús como profeta. Por cierto, ¿cuál es la función del verdadero profeta?

Antes del pecado, nuestros primeros padres mantenían una comunicación libre y directa con el Creador y los santos ángeles, sin necesidad de un intermediario. Después de la desobediencia, fue interrumpida la comunicación personal y abierta. Debido a su condición pecaminosa, el hombre ahora necesitaba de alguien que fuese el portavoz divino para revelar la voluntad de Dios. Como tal, el profeta aconseja, advierte, conduce, alienta, intercede, enseña y amonesta. Transmite la palabra de Dios al pueblo escogido, y pide a que correspondan a la invitación divina.

Como vemos, el papel del profeta va más allá de recibir visiones, sueños y revelarlos al pueblo. Su misión es amplia y esencial a la vida espiritual del pueblo. Dice el sabio inspirado: “Donde no hay visión, el pueblo perece”. (Proverbios 29:18). Al comprender la misión de un verdadero profeta, podemos concluir que Cristo ejerció esa función apropiadamente. Vamos a ver lo que encierra la obra del profeta:

1. Orar

Es parte de la misión del Profeta orar de forma intercesora por el pueblo.

Mediante el estudio de la vida de Jesús, vemos que casi toda su existencia terrenal estaba dividida entre la montaña, con Dios, intercediendo por su pueblo, y la llanura, trabajando para enseñar, sanar y predicar el evangelio del reino.

El profeta conoce la mente de Dios, y es inspirado a transmitir el pensamiento y la voluntad de Dios al pueblo a quien sirve. Familiarizado con la condición del pueblo y con el carácter de Dios, él puede orar efectivamente.

2. Recibir y transmitir la Palabra de Dios

El profeta debe estar consciente del carácter divino para que lo represente ante el pueblo. En Isaías, capítulo 6, leemos la descripción del llamado del profeta. Primero contempló la gloria divina, reconoció su pecado, fue perdonado y purificado, y aceptó el llamado de Dios para llevar la palabra de Dios al pueblo. Siendo Jesús Dios - hombre, Él estaba íntimamente familiarizado con el pensamiento divino para transmitirlo al hombre. No solamente recibía la palabra de Dios, sino que Él era el Verbo divino. Nadie más competente que él para revelar esa Palabra.

3. El sufrimiento

Debido al hecho de que raramente la palabra Dios pocas veces encuentra un entorno favorable entre el pueblo a quien se dirige el mensaje, hace parte de la misión del Profeta sufrir en el cumplimiento de su deber. Observemos algunos ejemplos de lo que sucedió con profetas fieles:

a) Isaías fue serrado vivo por orden del rey Manasés, a quien advirtió a causa de los graves pecados monarca. Compruebe en Seventh Day Adventist Bible Commentary (Elena G. de White Comments), vol. 7A, p. 1159.

b) Jeremías sufrió toda su vida por transmitir un mensaje que no era exactamente lo que el pueblo quería escuchar (Jeremías 1:18, 19).

c) Zacarías fue asesinado entre el pórtico y el altar por ser fiel a la

palabra que le fue confiada para transmitir al pueblo (2 Crónicas 24: 20-22; Mateo 23:35; Lucas 11:51).

d) Juan el Bautista fue decapitado por denunciar los pecados del corrupto rey Herodes (Mateo 14: 1-12).

Cristo no llegaría a ser una excepción a la regla.

4. Animar

Es parte de la misión del Profeta animar al pueblo a andar en los caminos del Señor. “Pero el que profetiza, habla a los hombres para edificar, exhortar y consolar.” (1 Corintios 14: 3).

5. Prever el futuro

El profeta, inspirado por el Espíritu de Dios revela el futuro con precisión (Amós 3: 7). Mateo 24, citado al final de este capítulo, constituye en una de las profecías más abarcales expuestas por nuestro Señor Jesús. Es interesante comparar la profecía con la historia para confirmar la autenticidad de las predicciones divinas.

6. Dirigir y guiar

Hace parte de la obra del profeta liderar y guiar al pueblo de acuerdo con el plan divino. La Palabra de Dios afirma que, por medio de un profeta, Dios liberó a su pueblo de Egipto, y por medio de un profeta el pueblo fue guiado durante todo el viaje rumbo a la tierra prometida. En ese sentido, Jesús continuó la obra de Moisés (Deuteronomio 18:15, 17-19)

7. Interpretar los sueños y visiones

Como portavoz de Dios, el profeta no sólo recibe sueños y visiones, mas es inspirado por Dios para interpretar los sueños y las visiones de otros personajes. José en Egipto, interpretó los sueños y visiones del copero, del panadero, y del propio Faraón. Daniel en Babilonia, también reveló e interpretó los sueños de Nabucodonosor.

Jesús fue fiel intérprete de las palabras de los profetas (Mateo 24:15).

8. Anunciar juicios divinos

Elías, Isaías, Jeremías y otros profetas se convirtieron en objetivos de la ira popular por anunciar juicios severos contra el pueblo rebelde y desobediente. No fue diferente con Cristo (Mateo 21: 43-46; 23: 29-39).

9. Interpretar los signos de los tiempos

Jesús reprendió a los Judíos porque eran hábiles para discernir el tiempo, pero no estaban dispuestos a comprender las señales proféticas: “Decía también a la gente: Cuando veis la nube que sale del poniente, al momento decís: ‘Agua viene’. Y así sucede. Y cuando sopla el viento sur, decís: ‘Habrá calor’. Y así sucede. ¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; y, ¿cómo no reconocéis este tiempo?” (Lucas 12: 54-56).

El ministerio profético de Jesús

Moisés, el gran hombre de Dios, hizo una singular profecía acerca de Cristo, cuando dijo: “Un Profeta de en medio de los tuyos, de tus hermanos, como yo, te levantará el Eterno tu Dios. A él oirás. Y el Eterno me dijo: ‘Está bien lo que han dicho. ‘Les suscitaré un Profeta de entre sus hermanos, como tú, y pondré mis palabras en su boca. Y él les hablará todo lo que yo le mando. ‘Y al que no escuche mis palabras que ese Profeta hable en mi Nombre, yo le pediré cuenta.’ (Deuteronomio 18:15, 17-19).

“Moisés, cerca del fin de su trabajo como jefe y maestro de Israel, profetizó claramente del Mesías venidero. “Profeta de en medio de ti declaró a las huestes reunidas de Israel, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios: a él oiréis.” Y Moisés aseguró a los israelitas que Dios mismo le había revelado esto en el monte de Horeb, diciendo: “Profeta les suscitaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare.’ (Deut. 18: 15, 18.)” Los Hechos de los Apóstoles, pág. 181.

El apóstol Pedro, después de la curación del paralítico en la

puerta del templo, explicó a la multitud el cumplimiento de la profecía de Moisés en la misión de Cristo. “Porque Moisés dijo a los padres: ‘El Señor vuestro Dios os levantará de entre vuestros hermanos, un profeta como yo. A él oiréis en todo lo que os diga. Y el que no oiga a ese profeta, será desarraigado del pueblo’. Todos los profetas, desde Samuel en adelante, todos anunciaron estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios concertó con nuestros padres, cuando dijo a Abrahán: ‘En tu Descendiente serán benditas todas las familias de la tierra’. Habiendo Dios resucitado a su Hijo, lo envió primero a vosotros, para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad”. (Hechos 3:22-26). Pedro relacionó al Profeta mencionado por Moisés con la simiente de la mujer, en relación al descendiente de Abraham, que es Cristo.

Esteban, uno de los siete diáconos, explicó el cumplimiento de esta profecía de la siguiente manera: “Este es el Moisés, que dijo a los israelitas: ‘Dios os levantará un Profeta como yo, de entre vuestros hermanos’. Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el Ángel que le hablaba a él y a nuestros padres en el monte Sinaí, y que recibió las Palabras de vida para darnos. A quien nuestros padres no quisieron obedecer; antes lo desearon, y en sus corazones se volvieron a Egipto”. (Hechos 7: 37-39). A lo largo de su presentación ante el Sanedrín, Esteban demostró que muchas de las profecías del Antiguo Testamento se cumplieron en la vida, muerte y resurrección de Cristo.

“Cuando interrogaron a Esteban respecto de si eran ciertas las acusaciones formuladas contra él, defendióse con clara y penetrante voz que resonó en toda la sala del concilio. Con palabras que cautivaron al auditorio, procedió a repasar la historia del pueblo escogido de Dios, demostrando completo conocimiento de la dispensación judaica y de su interpretación espiritual, ya manifestada por Cristo. Repitió las palabras de Moisés referentes al Mesías: “Profeta os levantará el Señor Dios vuestro de vuestros hermanos, como yo; a él oiréis.” Evidenció su lealtad para con Dios y la fe judaica, aunque demostrando que la ley en que confiaban los judíos para su salvación no había podido salvar a Israel de la idolatría. Relacionó a Jesucristo con toda la historia del pueblo judío”. Los Hechos de los Apóstoles, págs. 81, 82.

“Quedaban, sin embargo, entre los judíos, almas firmes, descendientes de aquel santo linaje por cuyo medio se había conservado el conocimiento de Dios. Confiaban aún en la esperanza de la promesa hecha a los padres. Fortalecían su fe espaciándose en la seguridad dada por Moisés: “El Señor vuestro Dios os levantará profeta de vuestros hermanos, como yo; a él oiréis en todas las cosas que os hablare.” El Deseado de Todas las Gentes, pág. 25

Existen muchas evidencias en la Biblia con respecto al cumplimiento de la profecía mosaica sobre la misión de Cristo como Profeta divino.

Consideremos algunos testimonios dados por personas contemporáneas acerca de Cristo.

En Naim

*“Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, sacaban fuera a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda. Y había con ella mucha gente de la ciudad. Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: “No llores”. Y se acercó, y tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Entonces Jesús dijo al muerto: “Joven, a ti te digo: ¡Levántate!” Entonces el que había muerto se incorporó, y habló. Y Jesús lo dio a su madre. **Y el temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: “Un gran profeta se ha levantado entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo”.** Lucas 7: 12-16.*

Testimonio de Cristo acerca de sí mismo

“Sin embargo, es necesario que hoy, mañana y pasado mañana camine; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén.” Lucas 13: 33.

La mujer samaritana

En la entrevista a la mujer samaritana con Cristo junto al pozo de Sicar, ella lo llama de profeta. Siéndole relatados hechos de su vida pasada y presente por alguien que nunca había visto, lo que la tomó

por sorpresa, la llevaron a declarar al Salvador: “ ¡Señor! Veo que tú eres profeta”. Juan 4:19.

En el Templo de Jerusalén

“En el último día grande de la fiesta, Jesús se puso de pie, y proclamó: “¡Si alguno tiene sed, venga a mí y beba! Como dice la Escritura, el que cree en mí, ríos de agua viva brotarán de su corazón. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él. Pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido glorificado aún. Al oír sus palabras, dijeron: “¡Realmente éste es el Profeta!”. Juan 7: 37-40.

La entrada de Jesús en Jerusalén

“Y la gente que iba delante y los que lo seguían, aclamaban diciendo: “¡Gloria al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el Nombre del Señor! ¡Gloria en las alturas! Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, y decían: “¿Quién es éste?” Y la gente respondía: “Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea”. Mateo 21: 9-11.

“Al oír sus parábolas (de los dos hijos y de los labradores malos), los principales sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba de ellos. Y trataron de prenderlo, pero temieron al pueblo, porque lo tenían por profeta”. Mateo 21: 45,46. (Paréntesis es nuestro).

En su camino al Calvario

En la mañana de ese viernes terrible de la crucifixión, Cristo fue falsamente acusado por las autoridades judías que obligaron a Pilato a condenarlo a muerte. En su camino al Calvario, “Lo seguía una gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y se lamentaban. Y vuelto a ellas, Jesús les dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos. Porque vendrán días en que dirán: ‘Dichosas las estériles, las entrañas que no concibieron, y los pechos que no criaron’. Entonces empezarán a decir a los montes: ‘Caed sobre nosotros’, y a los collados: ‘Cubridnos’”. Lucas 23: 27-30.

“Con asombro, los ángeles contemplaron el amor infinito de

Jesús, quien, sufriendo la más intensa agonía mental y corporal, pensó solamente en los demás y animó al alma penitente a creer. En su humillación, se había dirigido como profeta a las hijas de Jerusalén; como sacerdote y abogado, había intercedido con el Padre para que perdonase a sus homicidas; como Salvador amante, había perdonado los pecados del ladrón arrepentido". El Deseado de Todas las Gentes, págs. 699, 700

Después de su muerte y resurrección

"(Dos discípulos de Jesús) Iban hablando entre sí de todo lo que había sucedido. Y mientras iban hablando, el mismo Jesús se llegó, y siguió con ellos. Pero sus ojos estaban velados, y no lo reconocieron. Les preguntó: "¿Qué conversáis entre vosotros mientras andáis? Uno de ellos, llamado Cleofas, respondió: "¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe lo que ha sucedido en estos días? Entonces él preguntó: "¿Qué cosa?" Ellos le dijeron: "Lo de Jesús nazareno, un profeta poderoso en obra y en palabra ante Dios y ante todo el pueblo". Lucas 24: 14-19. (Paréntesis nuestro).

Una de las profecías más importantes pronunciadas por Cristo se encuentra en Mateo 24: "Cuando Jesús se sentó en el monte de los Olivos, se acercaron a él los discípulos aparte, y le preguntaron: "Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo? Jesús respondió: "Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi Nombre, diciendo: 'Yo soy el Cristo,' y a muchos engañarán. Oiréis guerras y rumores de guerras. ¡Cuidado! No os turbéis, porque es necesario que todo esto suceda, pero aún no es el fin. Se levantará nación contra nación, y reino contra reino. Y habrá pestes, hambres y terremotos en diversos lugares. Y todo esto será principio de dolores. Entonces os entregarán para ser maltratados, y muertos. Y seréis aborrecidos por todas las naciones por causa de mi Nombre. Entonces muchos tropezarán, y se entregarán, y se odiarán unos a otros. Se levantarán muchos falsos profetas, y engañarán a muchos. Y por el aumento de la maldad, el amor de la mayoría se enfriará. Pero el que persevere hasta el fin, ése será salvo. Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin. Cuando veáis en el lugar santo, la abominación desoladora, predicha por el profeta Daniel,

—el que lee, entienda—, entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda a tomar algo de su casa. Y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa. ¡Ay de las que estén encinta, y de las que críen en esos días! Orad que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado. Porque habrá entonces una gran tribulación, como nunca hubo desde el principio del mundo, ni habrá después. Y si esos días no fuesen acortados, nadie se salvaría. Pero por causa de los elegidos, aquellos días serán acortados”. Entonces, si alguien os dijera: ‘Aquí está el Cristo, o allí’, no creáis. Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, para engañar, si fuera posible, aun a los elegidos. Mirad, os lo he dicho de antemano. Así, si os dicen: ‘Aquí está en el desierto’, no salgáis; ‘aquí en las cámaras’, no creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre. Donde esté el cadáver, allí se juntarán los buitres. En seguida, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, y los poderes de los cielos serán sacudidos. Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, y todas las naciones de la tierra se lamentarán; y verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo, con gran poder y grande majestad. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. De la higuera aprended esta lección: Cuando su rama se enternece, y brotan sus hojas, sabéis que el verano se acerca. Así también, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas”. Mateo 24:3-33.

“El mundo, lleno de orgías, de placeres impíos, está dormido en la seguridad carnal. Los hombres están postergando la venida del Señor. Se burlan de las amonestaciones. Orgullosamente se jactan diciendo: “Todas las cosas permanecen así como desde el principio.” “Será el día de mañana como éste, o mucho más excelente.”* Nos hundiremos aun más en el amor a los deleites. Pero Cristo dice: “He aquí, yo vengo como ladrón.”* En el mismo tiempo en que el mundo pregunta con desprecio: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento?” * se están cumpliendo las señales. Mientras claman: “Paz y seguridad,” se acerca la destrucción repentina. Cuando el escarnecedor, el que rechaza la verdad, se ha vuelto presuntuoso; cuando la rutina del trabajo en las diversas formas de ganar dinero se lleva a cabo sin

consideración a los principios; cuando los estudiantes procuran ávidamente conocerlo todo menos la Biblia, Cristo viene como ladrón.

En el mundo todo es agitación. Las señales de los tiempos son alarmantes. Los acontecimientos venideros proyectan ya sus sombras delante de sí. El Espíritu de Dios se está retirando de la tierra, y una calamidad sigue a otra por tierra y mar. Hay tempestades, terremotos, incendios, inundaciones, homicidios de toda magnitud. ¿Quién puede leer lo futuro? ¿Dónde hay seguridad? No hay seguridad en nada que sea humano o terrenal. Rápidamente los hombres se están colocando bajo la bandera que han escogido. Inquietos, están aguardando y mirando los movimientos de sus caudillos. Hay quienes están aguardando, velando y trabajando por la aparición de nuestro Señor. Otra clase se está colocando bajo la dirección del primer gran apóstata. Pocos creen de todo corazón y alma que tenemos un infierno que rehuir y un cielo que ganar.

La crisis se está acercando gradual y furtivamente a nosotros. El sol brilla en los cielos y recorre su órbita acostumbrada, y los cielos continúan declarando la gloria de Dios. Los hombres siguen comiendo y bebiendo, plantando y edificando, casándose y dándose en casamiento. Los negociantes siguen comprando y vendiendo. Los hombres siguen luchando unos con otros, conteniendo por el lugar más elevado. Los amadores de placeres siguen atestando los teatros, los hipódromos, los garitos de juego. Prevalece la más intensa excitación, y sin embargo el tiempo de gracia está llegando rápidamente a su fin, y cada caso está por ser decidido para la eternidad. Satanás ve que su tiempo es corto. Ha puesto todos sus agentes a trabajar a fin de que los hombres sean engañados, seducidos, ocupados y hechizados hasta que haya terminado el tiempo de gracia, y se haya cerrado para siempre la puerta de la misericordia.

Solemnemente llegan hasta nosotros, a través de los siglos, las palabras amonestadoras de nuestro Señor desde el monte de las Olivas: "Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día." "Velad pues, orando en todo tiempo, que seáis tenidos por dignos de evitar todas estas cosas que han de venir y de estar en pie delante del Hijo del hombre." El Deseado de Todas las gentes, págs. 589-591

7



JESÚS, EL REY

En el Nuevo Testamento encontramos muchas veces la frase “reino de los cielos”, sobre todo mencionado por Jesús. Él acostumbraba Comenzar sus parábolas, diciendo: “El reino de los cielos es semejante a...”. La existencia de un reino implica en un rey, un tribunal, súbditos, etc. ¿Pero es Cristo realmente rey?

Poco después de su nacimiento en Belén, un grupo de magos del oriente vinieron a Jerusalén en busca del recién nacido “Rey de los Judíos”. Aquellos magos habían estudiado la profecía de Balaán registrada en Números 24:17: “ Lo veré, pero no ahora. Lo miraré pero no de cerca. Saldrá ESTRELLA de Jacob, se levantará cetro de Israel, herirá los cantones de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set”.

El grupo de ángeles que aparecieron a los pastores en las colinas de Belén, se revelaron como una estrella a los reyes magos del oriente. Después de haber encontrado al buscado “Rey de los Judíos”, los magos le ofrecieron regalos dignos de un Rey y lo adoraron como Dios.

Al final de su ministerio, cuando Jesús fue llevado por instigación de los líderes judíos ante Pilato, para ser juzgado, el gobernador romano le preguntó a Jesús: “¿Eres tú el Rey de los Judíos?”.

“Respondió Jesús: “Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí”. Entonces Pilato le dijo: “¿Luego, tú eres rey?” Respondió Jesús: “Tú lo has dicho. Yo soy rey. Yo, para esto he nacido, para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”.

Juan 18:36, 37.

Cristo confirmó a Pilato que Él era el rey (no de este mundo), pero el rey en el cielo, y vino a este mundo para establecer su reino.

Reino de la Gracia

En Hebreos 4:16, se nos invita a acercarnos “con segura confianza al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. En Apocalipsis 3:21, está escrito que los vencedores estarán sentados con Cristo en su trono, así como Cristo venció y se estableció con el Padre en su trono.

“La expresión “reino de Dios,” tal cual la emplea la Biblia, significa tanto el reino de la gracia como el de la gloria. El reino de la gracia es presentado por San Pablo en la Epístola a los Hebreos. Después de haber hablado de Cristo como del intercesor que puede “compadecerse de nuestras flaquezas,” el apóstol dice: “Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia.” (Hebreos 4: 16.) El trono de la gracia representa el reino de la gracia; pues la existencia de un trono envuelve la existencia de un reino. En muchas de sus parábolas, Cristo emplea la expresión, “el reino de los cielos,” para designar la obra de la gracia divina en los corazones de los hombres.

Asimismo el trono de la gloria representa el reino de la gloria y es a este reino al que se refería el Salvador en las palabras: “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria; y serán reunidas delante de él todas las gentes.” (S. Mateo 25: 31, 32.) Este reino está aún por venir. No quedará establecido sino en el segundo advenimiento de Cristo.

El reino de la gracia fue instituido inmediatamente después de la caída del hombre, cuando se ideó un plan para la redención de la raza culpable. Este reino existía entonces en el designio de Dios y por su promesa; y mediante la fe los hombres podían hacerse sus súbditos. Sin embargo, no fue establecido en realidad hasta la muerte de Cristo. Aun después de haber iniciado su misión terrenal, el Salvador, cansado de la obstinación e ingratitude de los hombres, habría podido

retroceder ante el sacrificio del Calvario. En Getsemaní la copa del dolor le tembló en la mano. Aun entonces, hubiera podido enjugar el sudor de sangre de su frente y dejar que la raza culpable pereciese en su iniquidad. Si así lo hubiera hecho no habría habido redención para la humanidad caída. Pero cuando el Salvador hubo rendido la vida y exclamado en su último aliento: "Consumado es," entonces el cumplimiento del plan de la redención quedó asegurado. La promesa de salvación hecha a la pareja culpable en el Edén quedó ratificada. El reino de la gracia, que hasta entonces existiera por la promesa de Dios, quedó establecido". El Conflicto de los Siglos, págs. 395, 396

El reino de la gracia será reemplazado por el reino de gloria. En tanto, Cristo es declarado rey. Hoy en día, los que han dado su vida a Cristo y están bajo el control del Espíritu Santo son los leales súbditos de la gracia del reino de Cristo. Si permanecemos fieles a nuestro Rey hasta el final, entonces vamos a ser súbditos del reino de la gloria que será establecido en la segunda venida de Cristo. En el reino de la gracia venir sólo los pecadores, mientras que el reino de la gloria es para los justos.

El Reino de la Gloria

En Apocalipsis tenemos una majestuosa descripción de la venida de Cristo a esta tierra como un Rey victorioso.

"Entonces vi el cielo abierto y un caballo blanco, y su jinete se llama Fiel y Verdadero, que juzga y pelea con justicia. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas. Tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Vestía una ropa empapada en sangre, y su Nombre es: "El Verbo de Dios". Los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, lo seguían en caballos blancos. De su boca salía una espada aguda, para herir con ella a las naciones. El las regirá con vara de hierro, y pisará el lagar del vino del furor de la ira del Dios Todopoderoso. En su vestido y en su muslo tiene escrito este Nombre: "Rey de reyes y Señor de señores". Apocalipsis 19: 11-16.

"Pronto aparece en el este una pequeña nube negra, de un tamaño como la mitad de la palma de la mano. Es la nube que envuelve al Salvador y que a la distancia parece rodeada de obscuridad. El pueblo de Dios sabe que es la señal del Hijo del hombre. En silencio so-

lemne la contemplan mientras va acercándose a la tierra, volviéndose más luminosa y más gloriosa hasta convertirse en una gran nube blanca, cuya base es como fuego consumidor, y sobre ella el arco iris del pacto. Jesús marcha al frente como un gran conquistador. Ya no es “varón de dolores,” que haya de beber el amargo cáliz de la ignominia y de la maldición; victorioso en el cielo y en la tierra, viene a 699 juzgar a vivos y muertos. “Fiel y veraz,” “en justicia juzga y hace guerra.” “Y los ejércitos que están en el cielo le seguían.” (Apocalipsis 19: 11, 14, V.M.) Con cantos celestiales los santos ángeles, en inmensa e Innumerable muchedumbre, le acompañan en el descenso. El firmamento parece lleno de formas radiantes, - “millones de millones, y millares de millares.” Ninguna pluma humana puede describir la escena, ni mente mortal alguna es capaz de concebir su esplendor. “Su gloria cubre los cielos, y la tierra se llena de su alabanza. También su resplandor es como el fuego.” (Habacuc 3: 3, 4, V.M.) A medida que va acercándose la nube viviente, todos los ojos ven al Príncipe de la vida. Ninguna corona de espinas hiere ya sus sagradas sienes, ceñidas ahora por gloriosa diadema. Su rostro brilla más que la luz deslumbradora del sol de mediodía. “Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores.” (Apocalipsis 19: 16.)

Ante su presencia, “hanse tornado pálidos todos los rostros;” el terror de la desesperación eterna se apodera de los que han rechazado la misericordia de Dios. “Se deslíe el corazón, y se baten las rodillas, . . . y palidece el rostro de todos.” (Jeremías 30: 6; Nahum 2: 10, V.M.) Los justos gritan temblando: “¿Quién podrá estar firme?” Termina el canto de los ángeles, y sigue un momento de silencio aterrador. Entonces se oye la voz de Jesús, que dice: “¡Bástaos mi gracia!” Los rostros de los justos se iluminan y el corazón de todos se llena de gozo. Y los ángeles entonan una melodía más elevada, y vuelven a cantar al acercarse aún más a la tierra.

El Rey de reyes desciende en la nube, envuelto en llamas de fuego. El cielo se recoge como un libro que se enrolla, la tierra tiembla ante su presencia, y todo monte y toda isla se mueven de sus lugares. “Vendrá nuestro Dios, y no callará: fuego consumirá delante de el, y en derredor suyo habrá tempestad grande. Convocará a los cielos de arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo.” (Salmo 50: 3, 4.)

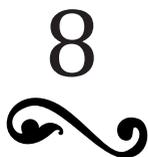
Y los reyes de la tierra y los príncipes, y los ricos, y los 700 capitanes, y los fuertes, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las

cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero: porque el gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme? (Apocalipsis 6: 15-17.)” El Conflicto de los Siglos, págs. 698-700.

Hoy tenemos que darnos por entero a Cristo y aceptarlo como nuestro Rey. Por su gracia necesitamos obedecer a la ley de su reino de la gracia. A través de la gracia de Cristo, estaremos preparados para ser súbditos de su reino de gloria. Sólo aquellos que por la fe y la sumisión total a Cristo vencieren al diablo, al pecado, la carne y el mundo estarán aptos para vivir con el Rey Jesús en su reino glorioso.

Juan el Revelador dice que en la venida de Cristo, habrá dos clases distintas de personas: los salvos y los perdidos. Los enemigos de la verdad declararán la guerra en contra de Cristo en la persona de sus santos, pero serán totalmente derrotados. “Pelearán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles”. Apocalipsis 17:14.

Estimado lector: ¿en qué grupo deseas estar? ¡Esta decisión debe ser tomada hoy!



JESÚS EL AMOROSO SALVADOR

“Porque el Hijo del Hombre vino a salvar lo que se había perdido”. Mateo 18:11.

Cuanto más estudiamos la vida de Cristo durante su misión en la Tierra, más nos admiramos de lo adorable y compasivo que él es. En su trato con toda clase de personas - fariseos, escribas, pecadores abiertos, pecadores disfrazados en santos, personas excluidas, publicanos, samaritanos, prostitutas, adúlteros, mujeres, niños inocentes, nos maravillamos al ver cuán perfectamente representó el carácter de Dios ante el hombre.

La vida de Cristo fue verdaderamente una maravillosa demostración del verdadero amor, el amor divino, ágape, un amor que se describe en toda la Biblia, pero resumido en 1 Corintios 13. Un amor que “ El amor es sufrido, es benigno. El amor no siente envidia. El amor no es jactancioso, no se engríe, no es rudo, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se alegra de la injusticia, sino que se alegra de la verdad. Todo lo sufre. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta”. (Versículos 4-7). El amor divino “ nunca se acaba”. (Versículo 8).

Durante nuestro recorrido a través de la palabra de Dios, veremos ese amor en acción en favor de la humanidad sufriente. A medida que estudiemos la manera como Cristo lidiaba con las diferentes clases de personas, podemos entender cómo es el amor de Dios. Cristo se dirigió a todas las clases de tal manera que eran convencidas de que Él realmente las amaba. Consideremos algunas experiencias

especiales.

Lecciones de un milagro

“Cuando Jesús desembarcó, vio esa gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas sin pastor. Así empezó a enseñarles muchas cosas. Y cuando se hizo tarde, sus discípulos se acercaron a él, y le dijeron: “El lugar es despoblado y la hora muy avanzada. Envíalos para que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor, a comprar algo de comer. Pero él respondió: “Dadles vosotros de comer”. Ellos dijeron: “¿Quieres que vayamos a comprar doscientos denarios de pan, para darles de comer?” Y él les preguntó: “¿Cuántos panes tenéis? Id a ver”. Después de averiguar, le dijeron: “Cinco, y dos pescados” Les mandó que hiciesen recostar a todos en grupos sobre la hierba verde. Y se recostaron en grupos de cien y de cincuenta. En seguida, Jesús tomó los cinco panes y los dos pescados, y mirando al cielo, los bendijo, y partió los panes. Entonces fue dando a sus discípulos para que los pusiesen ante la gente. También repartió los dos pescados entre todos. Y todos comieron hasta saciarse Y alzaron doce cestas llenas de pedazos de pan y pescado. Y los que comieron fueron cinco mil hombres”. Marcos 6: 34-44.

“Se compadeció de ellos”

Durante todo el día, Cristo predicó a la gente - hombres, mujeres y niños. En realidad ellos fueron alimentados espiritualmente. Sin embargo, ellos también necesitaban del alimento físico. Según las Escrituras, Jesús “tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas sin pastor.” Marcos 6:34. Jesús no sólo se preocupaba por la necesidad espiritual de la gente, sino también con sus necesidades físicas.

Después de la predicación, Cristo no dejó libre a la gente. Entonces uno de los discípulos propuso: “El lugar es despoblado y la hora muy avanzada. Envíalos para que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor, a comprar algo de comer”. “(versículos 35, 36). Humanamente hablando, la sugerencia de los discípulos tenía lógica. Había “unos cinco mil hombres” (versículo 44), sin mencionar las mujeres y los niños. Ciertamente, había más de diez mil personas con hambre. Y no había suficiente comida para tanta gente. Los discípulos, así como

el Maestro, no tenían dinero y sonaba razonable que cada uno comprase sus propios alimentos.

Teníamos un amigo que solía invitar a personas de su círculo para cenar en un restaurante, y después de una agradable cena, sugirió que cada uno pagase su propia cuenta. Esa actitud fue frustrante, ya que los invitados esperaban que aquél que los invitó a cenar, pagara la cuenta. La propuesta de los discípulos fue como la actitud de nuestro amigo: cada uno paga sus propios gastos.

Pero Cristo tenía un plan diferente en mente y dijo a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer” (versículo 37). Los discípulos continuaron discutiendo con el Maestro: “¿Quieres que vayamos a comprar doscientos denarios de pan, para darles de comer?”. Un denario era el salario diario de un trabajador no calificado. En otras palabras, sería necesario el valor equivalente al trabajo de doscientos días de alguien para alimentar a tanta gente.

Jesús presentó una interesante pregunta: “¿Cuántos panes tenéis? ¡Id a ver!” (Versículo 38). Entonces los discípulos encontraron un niño que había traído su almuerzo, que consistía en cinco panes y dos peces. Imagínese: cinco panes y dos peces, para por lo menos diez mil personas. ¡Imposible! Diríamos. Pero no para Cristo. Sabía lo que tenía que hacer. “Les mandó que hiciesen recostar a todos en grupos sobre la hierba verde. Y se recostaron en grupos de cien y de cincuenta”. Marcos 6:39,40.

Podemos imaginar más de diez mil personas hambrientas recibiendo alimentos en absoluto desorden. ¿Qué podría acontecer? Un tremendo desastre. Jesús previno eso. Él hizo que todos se sentasen. Nuestro Salvador es Maestro en organización. Colocó a la gente de tal forma que no hubiese riesgo de tumulto, lo que podría resultar en tragedia.

Después organizar a la gente, Cristo tomó los panes y los peces, alzó la mirada al cielo, bendijo, partió el alimento y lo entregó, no al pueblo, sino a sus discípulos para que lo distribuyesen.

Aquí encontramos otra lección importante. Cristo no dio los panes a la multitud, sino a sus siervos. Este es el plan divino. La tarea de alimentar al pueblo les fue dada a sus siervos. Deben dirigirse al Maestro para recibir el alimento de él y así distribuirlo a todos.

Después que toda la gente estaba bien alimentada, Cristo dio otra importante instrucción. Nada que sobrara debería ser desper-

diciado. Él les dio una lección de economía. Todo lo que sobraba fue recogido. Después de servir a la gente, Cristo y sus discípulos se sentaron y comieron el preciado alimento bendecido por el cielo. Jesús tenía otro plan en mente. La comida que sobró se le dio a la gente para que lo llevaran y distribuyesen entre sus familiares y vecinos. De esta manera, la obra de Cristo pudo beneficiar a miles de personas. Él bendijo los alimentos, lo dio a sus discípulos para que lo repartiesen a la multitud. Ahora la multitud también tenía el deber de alimentar a sus familias y vecinos. Una vez que recibimos la palabra de Dios, tenemos que dárselo a otras personas y luego instruirlos para que transmitan el mensaje a sus familias, a sus parientes, amigos y vecinos. Este es el plan de Dios.

Cristo limpia a un leproso

“Cuando Jesús descendió del monte, le siguió mucha gente. En eso vino un leproso, que se postró ante él, y le dijo: “¡Señor, si tú quieres puedes limpiarme!” Jesús extendió su mano, lo tocó, y le dijo: “Quiero: Sé limpio” Y al instante quedó limpio de su lepra. Entonces Jesús le dijo: “Mira, no lo digas a nadie. Pero ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio”. Mat. 8:1-4.

La lepra era una de las enfermedades más temidas en el tiempo de Jesús. De acuerdo con las instrucciones divinas, los infectados por la lepra deberían ser apartados de la sociedad, y también de sus familias, parientes y amigos, e irse a vivir en un lugar separado para que la enfermedad no se propagase. La persona podría ser un rey o un siervo, pero el destino era el mismo: el aislamiento total.

En tiempos de Jesús, había muchas personas en esa condición. Al acercarse a la gente, los infectados deberían clamar en voz alta: “inmundo” “ inmundo”. Eso Funcionaba como una alarma a los demás y así los mantenía lejos de esa persona.

Cuando Cristo bajó de la montaña, donde había estado predicando a la multitud, un hombre víctima de la lepra, lo vio y se dio cuenta de que no podía perder la oportunidad de ser curado de esta terrible enfermedad. Corriendo hacia Cristo, reconociendo en Él a Dios en carne, lo adoró, con plena certidumbre de fe, diciendo: “Señor, si quieres,

puedes limpiarme” (versículo 2). La pobre víctima estaba absolutamente convencida del poder divino de Cristo. Él lo llamó Señor, reconociendo su total divinidad; sin embargo, se sometió a la voluntad de Jesús, diciendo: “si tú quieres, puedes limpiarme.” La respuesta positiva e inmediata de Cristo a ese pedido es digno de consideración: “Quiero: Sé limpio” Y en el mismo momento, su lepra desapareció “ (versículo 3).

Aquel era un hombre de gran fe. Tenía plena confianza en el poder de Jesucristo para curar cualquier enfermedad, incluyendo la lepra. Declaró su fe declarando que el Salvador podría tornarlo limpio, si este fuera su voluntad. Él se sometió a la voluntad de Cristo, y su fe fue totalmente recompensada. Lucas, el evangelista, escribió: “Entonces, Jesús extendió la mano, lo tocó, y le dijo: “Así lo quiero. ¡Queda limpio!” Y al instante, la lepra se fue de él”. Lucas 5:13.

Cualquier persona que tocara a un leproso se tornaba contaminada por el contacto. Sin embargo Jesús, no se vio afectado por la enfermedad. Por el contrario, aquellos que recibían el toque de él, recibían poder curativo. Así que en lugar de ser contaminado por el contacto con los pecadores, él les daba poder para ser limpios.

Una vez que el leproso le pidió a Cristo para que lo curase, la respuesta no tardó en llegar. Él fue sanado inmediatamente de esa terrible enfermedad. El Salvador le dijo: “Quiero: Sé limpio” (versículo 3). La misma experiencia del leproso restablecido puede ser nuestra. No importa lo grave que sea nuestra enfermedad espiritual, si nos dirigimos a Cristo con fe y le suplicamos perdón y purificación del pecado, seremos sanados inmediatamente. Escribió el discípulo amado: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” 1 Juan 1: 9.

“Inmediatamente se realizó una transformación en el leproso. Su carne se volvió sana, los nervios recuperaron la sensibilidad, los músculos, la firmeza. La superficie tosca y escamosa, propia de la lepra, desapareció, y la reemplazó un suave color rosado como el que se nota en la piel de un niño sano”. El Deseado de Todas las Gentes, págs. 228, 229.

“La obra de Cristo al purificar al leproso de su terrible enfermedad es una ilustración de su obra de limpiar el alma de pecado. El hombre que se presentó a Jesús estaba “lleno de lepra.” El mortífero veneno impregnaba todo su cuerpo. Los discípulos trataron de impe-

dir que su Maestro le tocara; porque el que tocaba un leproso se volvía inmundo. Pero al poner su mano sobre el leproso, Jesús no recibió ninguna contaminación. Su toque impartía un poder vivificador. La lepra fue quitada. Así sucede con la lepra del pecado, que es arraigada, mortífera e imposible de ser eliminada por el poder humano. "Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa ilesa, sino herida, hinchazón y podrida llaga." Pero Jesús, al venir a morar en la humanidad, no se contamina. Su presencia tiene poder para sanar al pecador. Quien quiera caer a sus pies, diciendo con fe: "Señor, si quieres, puedes limpiarme," oirá la respuesta: "Quiero: sé limpio." El Deseado de Todas las Gentes, pág. 231.

"En algunos casos de curación, Jesús no concedió inmediatamente la bendición pedida. Pero en el caso del leproso, apenas hecha la súplica fue concedida. Cuando pedimos bendiciones terrenales, tal vez la respuesta a nuestra oración sea dilatada, o Dios nos dé algo diferente de lo que pedimos, pero no sucede así cuando pedimos liberación del pecado. El quiere limpiarnos del pecado, hacernos hijos suyos y habilitarnos para vivir una vida santa. Cristo "se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro." Y "ésta es la confianza que tenemos en él, que si demandáremos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que demandáremos, sabemos que tenemos las peticiones que le hubiéremos demandado." "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad." El Deseado de Todas las Gentes, pág. 232.

Cristo cura a un paralítico

"Un día Jesús estaba enseñando, y estaban sentados algunos fariseos y doctores de la Ley, venidos de todas las aldeas de Galilea, Judea y Jerusalén. Y el poder del Señor estaba presente para sanar. En eso, unos hombres trajeron en una camilla a un paralítico, y procuraban entrar y ponerlo ante él. Y como no pudieron entrar a causa de la multitud, subieron encima de la casa, y por el tejado lo bajaron en su camilla ante Jesús. Al ver la fe de ellos, Jesús dijo al paralítico: "Hombre, tus pecados te son perdonados". Entonces los escribas y los fariseos em-

pezaron a pensar: “¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” Conociendo sus pensamientos, Jesús les dijo: “¿Qué pensáis en vuestro corazón?” ¿Qué es más fácil, decir: ‘Tus pecados te son perdonados’, o decir, ‘levántate y anda’? “Pues, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados -dijo al paralítico-: ‘A ti te digo, levántate, toma tu camilla, y vete a tu casa’”. Al instante, el paralítico se levantó en presencia de ellos. Tomó su camilla, y se fue a su casa glorificando a Dios. Y todos quedaron asombrados. Glorificaban a Dios, y llenos de temor, decían: “¡Hoy hemos visto maravillas!”. Lucas 5:17-26.

Jesús estaba enseñando en la casa de Pedro, ya que él mismo no tenía una. Al comienzo de su ministerio había dicho a uno que se ofreciera a seguirle: “pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza” (Mateo 8:20). La casa estaba llena de gente de todo tipo - fariseos, publicanos, rabinos y muchos enfermos que fueron hasta allí para ser curados por la Fuente de la vida.

Ese hombre tenía una vida llena de pecados, y su condición física estaba muy deteriorada. Además, sufría enormemente con una conciencia culpable. En su situación desesperada, fue por ayuda de los líderes religiosos. Después de comunicarse con los falsos médicos, su condición empeoró. Aquellos fríos maestros de la ley lo declararon incurable y le dijeron que debía sufrir la ira de Dios por sus pecados. Por eso, sus sufrimientos se incrementaron por la desesperación. Más tarde, escuchó hablar de Cristo y cómo Él nunca rechazaría a cualquier pecador. Así, la esperanza comenzó a revivir en su corazón.

Cuando se enteró de que Cristo estaba predicando en la casa de Pedro, pidió a unos amigos que lo llevaran a ese lugar, ya que no podía ir por sí mismo. Rápidamente sus amigos lo llevaron al Salvador. Al llegar al local, percibieron que era imposible conseguir llegar hasta Jesús de manera convencional. Una gran multitud impedía su camino hacia el Maestro. Su deseo de ver a Jesús era tan fuerte que ellos encontraron otra manera de lograr su objetivo. Subieron a la azotea, ataron cuerdas en la cama y lo bajaron delante de Jesús.

Después de superar algunos obstáculos, el hombre fue puesto en la presencia de Jesús, que mirando al sufridor y viéndole su fe, dijo: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados”. Mateo 9:2. ¡Qué hermosa y reconfortante manifestación de los labios del puro y

amoroso Salvador!

“Hijo”. Cristo no acusa al pecador, a pesar de que conoce perfectamente nuestra condición real. Él llama al peor pecador arrepentido y contrito de “hijo”.

“Ten ánimo”. En otras palabras, “Ten valor”, “No te rindas”.

“Tus pecados te son perdonados”.

“La carga de desesperación se desvaneció del alma del enfermo; la paz del perdón penetró en su espíritu y resplandeció en su rostro. Su dolor físico desapareció y todo su ser quedó transformado. El parálítico impotente estaba sano, el culpable pecador, perdonado”. El Deseado de Todas las Gentes, págs. 234.

Ahora el hombre estaba muy feliz. Ya no se preocupaba más con su condición física. La certeza del perdón de Dios era todo lo que necesitaba. Ahora podría vivir o morir.

Sin embargo, Cristo, no había terminado su obra en favor de aquél hombre. Otra sorpresa agradable le esperaba. Entonces Jesús dijo algo tan bueno como el perdón. “Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra de perdonar pecados — dijo entonces al parálítico—: ‘¡Levántate toma tu camilla, y vete a tu casa!’” Mateo 9: 6. Podemos imaginar lo feliz que estaba el hombre, ya completamente restaurado física y espiritualmente. Regresó como una persona nueva para casa. También podemos imaginar la felicidad de su familia cuando lo recibió.

“¡Oh admirable amor de Cristo, que se inclina a sanar al culpable y afligido! ¡La divinidad se compadece de los males de la doliente humanidad y los calma! ¡Oh maravilloso poder así manifestado en favor de los hijos de los hombres! ¿Quién puede dudar del mensaje de salvación? ¿Quién puede despreciar las misericordias de un Redentor compasivo?” El Deseado de Todas las Gentes, pág. 235.

Jesús rescata a una mujer pecadora

El Maestro estaba enseñando en el templo. De repente, los escribas y los fariseos le trajeron una mujer aterrorizada sorprendida en flagrante adulterio, y exponiéndola a la vergüenza pública, dijeron a Jesús:

“[le dijeron: “Maestro, esta mujer ha sido tomada en el mismo acto del adulterio. [En la Ley, Moisés nos mandó apedrear a estas mujeres. ¿Qué dices tú?” [Decían esto para tenderle un lazo, y poder

acusarlo. Pero Jesús se inclinó, y empezó a escribir en el suelo con su dedo". Juan 8: 4-6.

Eso fue realmente una trampa de Satanás. Todo el escenario había sido preparado por los enemigos de Cristo. Ellos crearon todas las circunstancias para sorprender a la mujer y después al mismo Jesús, en una artimaña bien planificada. De todas las formas posibles, los enemigos de Cristo trataron de poner en contradicción con la ley de Moisés, para así tener algo de que acusarlo ante los Judíos, en caso que El absolviese a la mujer; o que lo colocase en problemas con el gobierno romano, si condenase a la mujer a muerte.

"Aquellos hombres que se daban por guardianes de la justicia habían inducido ellos mismos a su víctima al pecado, a fin de poder entrapar a Jesús." El Deseado de Todas las Gentes, pág. 425.

Durante un tiempo, Jesús fijó sus ojos en ellos, mostrando que él había percibido la mala intención de ese acto. Poco después, comenzó a escribir los pecados de aquellos que acusaban a la mujer. La descripción más oscura de la vida corrupta de ellos, fueron expuestas. Entonces Cristo les dijo: "El que de vosotros esté sin pecado, tire la primera piedra". (versículo 7).

Tomados por sorpresa y desenmascarados, comenzaron a abandonar el lugar, uno por uno. Sólo había uno lo suficientemente puro que podría apedrear a la pecadora. Sin embargo, Cristo no vino a apedrear a nadie. Él vino a salvar. A pesar de revelar el más amargo odio al pecado, manifestó el más profundo amor a favor de los pecadores. Su muerte en la cruz demuestra esa maravillosa realidad.

Dejada a solas con Cristo, la mujer esperaba ser lapidada. Y entonces oyó las amables palabras del Salvador: "Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella contestó: "Ninguno, Señor". Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno. Vete, y desde ahora no peques más". (La historia completa se encuentra en Juan 8: 3-11).

"Esto fue para ella el principio de una nueva vida, una vida de pureza y paz, consagrada al servicio de Dios. Al levantar a esta alma caída, Jesús hizo un milagro mayor que al sanar la más grave enfermedad física. Curó la enfermedad espiritual que es para muerte eterna. Esa mujer penitente llegó a ser uno de sus discípulos más fervientes. Con amor y devoción abnegados, retribuyó su misericordia perdonadora.

En su acto de perdonar a esta mujer y estimularla a vivir una

vida mejor, el carácter de Jesús resplandece con la belleza de la justicia perfecta. Aunque no toleró el pecado ni redujo el sentido de la culpabilidad, no trató de condenar sino de salvar. El mundo tenía para esta mujer pecadora solamente desprecio y escarnio; pero Jesús le dirigió palabras de consuelo y esperanza. El Ser sin pecado se compadece de las debilidades de la pecadora, y le tiende una mano ayudadora. Mientras los fariseos hipócritas la denuncian, Jesús le ordena: "Vete, y no peques más."

No es seguidor de Cristo el que, desviando la mirada, se aparta de los que yerran, dejándolos proseguir sin estorbos su camino descendente. Los que se adelantan para acusar a otros y son celosos en llevarlos a la justicia, son con frecuencia en su propia vida más culpables que ellos. Los hombres aborrecen al pecador, mientras aman el pecado. Cristo aborrece el pecado, pero ama al pecador; tal ha de ser el espíritu de todos los que le sigan. El amor cristiano es lento en censurar, presto para discernir el arrepentimiento, listo para perdonar, para estimular, para afirmar al errante en la senda de la santidad, para corroborar sus pies en ella." El Deseado de Todas las Gentes, págs. 426, 427.

Jesús salva a un recaudador de impuestos

Para los judíos, dos clases de personas fueron marcados por el prejuicio más odioso: los samaritanos y los publicanos. Para ellos, la mejor manera de ofender a alguien sería llamarlo de "samaritano". Los publicanos eran judíos que trabajaban para el gobierno romano como recaudadores de impuestos. Aprovechando su posición, ellos explotaban al pueblo y al gobierno romano, al mismo tiempo. Y sobre todo el hecho de ser judíos trabajando para los dominadores romanos, creó en contra de ellos un prejuicio fuerte. Eran considerados traidores de su propio pueblo, para servir a la nación enemiga.

En Jericó, había un hombre muy rico llamado Zaqueo, "que era jefe de publicanos" (Lucas 19:2). Zaqueo había escuchado el mensaje de Juan el Bautista y fue favorablemente impresionado por el Espíritu Santo. Al serle informado que uno de los mejores seguidores de Cristo, Leví Mateo, había sido un publicano, un rayo de esperanza comenzó a brillar en su corazón. Inmediatamente, Zaqueo comenzó a poner en práctica la luz que brillaba en su camino.

Avisado de que Cristo pasaría por Jericó, su deseo de verlo se hizo muy fuerte. Tratando de ver a Cristo, se le impidió, debido principalmente al hecho de que tenía una baja estatura. “Corriendo, se adelantó y subió a un sicómoro para verlo, porque Jesús iba a pasar por allí”. Lucas 19: 4.

Imaginemos a aquél hombre rico, “jefe de publicanos”, como un niño trepando a un árbol para ver a Jesús. En su ardiente deseo de conocer al Salvador, El se olvidó de su posición social y económica. Su principal objetivo ahora era ver el “amigo de los pecadores.”

Qué sorprendido quedó Zaqueo, cuando Jesús que pasaba debajo del árbol, se detuvo, lo miró y le ofreció una oportunidad maravillosa para recibirlo: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque conviene que hoy me hospede en tu casa”. Lucas 19: 5.

El “jefe de publicanos” se mostró encantado con la oferta de Cristo. “Entonces él descendió aprisa, y lo recibió gozoso.” (Versículo 6). Con su presencia en la casa de Zaqueo, Cristo le ofreció en aquel mismo día la salvación.

“Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: “Señor, la mitad de mis bienes voy a dar a los pobres. Y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más”. Entonces Jesús le dijo: “Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. (Versículos 8-10).

Una vez que Zaqueo fue invitado por Cristo, el lo recibió, no solamente en su casa, sino también en su vida. Y Cristo dijo: “Hoy ha venido la salvación a esta casa” y luego el Salvador dijo: “por cuanto él también es hijo de Abrahán.” Él ya era un hijo de Abraham “según la carne”. Ahora se convirtió en un “hijo de Abraham”, porque aceptó a Jesús como su Señor y Salvador. “Por tanto, sabed que los que son de la fe, esos son hijos de Abrahán”. Gálatas 3:7.

“Pero tan pronto como Zaqueo se rindió a la influencia del Espíritu Santo, abandonó toda práctica contraria a la integridad.

Ningún arrepentimiento que no obre una reforma es genuino. La justicia de Cristo no es un manto para cubrir pecados que no han sido confesados ni abandonados; es un principio de vida que transforma el carácter y rige la conducta. La santidad es integridad para con Dios: es la entrega total del corazón y la vida para que revelen los principios del cielo.

En sus negocios, el cristiano ha de representar delante del mundo la manera en que nuestro Señor dirigiría las empresas comerciales. En toda transacción ha de dejar manifiesto que Dios es su maestro. Ha de escribirse "Santidad al Señor" en el diario y el libro mayor, en escrituras, recibos y letras de cambio. Los que profesan seguir a Cristo y comercian de un modo injusto dan un testimonio falso contra el carácter de un Dios santo, justo y misericordioso. Toda alma convertida querrá, como Zaqueo, señalar la entrada de Cristo en su corazón mediante el abandono de las prácticas injustas que caracterizaban su vida. A semejanza del príncipe de los publicanos, dará prueba de su sinceridad haciendo restitución. El Señor dice: "Si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, caminar en las ordenanzas de la vida, no haciendo iniquidad...no se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido: . . . vivirá ciertamente."

Si hemos perjudicado a otros en cualquier transacción comercial injusta, si nos hemos extralimitado en el comercio o defraudado a algún hombre, aun dentro del marco de la ley, deberíamos confesar nuestro agravio y hacer restitución en la medida de lo posible. Es justo que devolvamos, no solamente lo que hemos tomado, sino todo lo que se habría ganado con ello si se lo hubiese usado correcta y sabiamente durante el tiempo que haya estado en nuestro poder.

El Salvador dijo a Zaqueo: "Hoy ha venido la salvación a esta casa." No solamente Zaqueo fue bendecido, sino toda su familia con él. Cristo fue a su casa para darle lecciones de verdad e instruir a su familia en las cosas del reino. Ellos habían sido expulsados de la sinagoga por el desprecio de los rabinos y adoradores; pero ahora su casa era la más favorecida de toda Jericó; acogían bajo su propio techo al divino Maestro y oían por sí mismos las palabras de vida.

Cuando Cristo es recibido como Salvador personal, la salvación viene al alma. Zaqueo no había recibido a Jesús meramente como a un forastero, sino como al que moraba en el templo del alma. Los escribas y fariseos, que le acusaban de ser pecador, murmuraron contra Cristo porque se hizo su huésped, pero el Señor le reconoció como hijo de Abrahán. Porque "los que son de fe, los tales son hijos de Abraham." El Deseado de Todas las Gentes, págs. 509, 510.



JESÚS, NUESTRO SUBSTITUTO EN EL CALVARIO

La cruz del Calvario ocupa una posición central en el plan de salvación. Fue en ese horrible instrumento de tortura que Jesús pagó por los pecados de toda la humanidad, y especialmente por nuestros pecados. La comprensión y la aceptación de este hecho marca la diferencia en nuestras vidas. Cuando recibimos esa maravillosa verdad en el corazón, acaban la angustia y la desesperación con relación al intento de salvarnos a nosotros mismos de nuestros pecados y de nuestra condición de pecadores.

Consideremos una vez más las palabras inspiradas del apóstol Pablo en 2 Corintios 5:21, “Al (Jesús) que no tenía pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros seamos hechos justicia de Dios en él (Jesús).” (Paréntesis es nuestro).

Ya hemos considerado el hecho de que Jesús se convirtió en nuestro sustituto. De acuerdo con la Palabra de Dios, “Porque la paga del pecado es la muerte (eterna). Pero el don gratuito de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” Romanos 6:23 (paréntesis es nuestro). El mismo apóstol Pablo afirma que “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. Romanos 3:23.

Históricamente hablando, la cruz en que fue ejecutado Jesús pertenecía a Barrabás, vil criminal, enemigo mortal del Imperio Romano. Fue el representante legítimo de Satanás y de aquellos que están bajo el control del enemigo. Cuando Pilato presentó a la gente la oportunidad de elegir entre Barrabás y Jesús, la decisión, motivada por Satanás y por los líderes religiosos liderados por el archienemigo, llegó rápidamente, “Suelta a Barrabás!”. Pilato le preguntó a la multitud: “¿Qué voy a hacer con Jesús?”. Una vez más la respuesta llegó de inmediato: “¡Crucifícale!”.

Sin duda, la buena noticia de que Jesús tomaría su lugar para

ser crucificado causó mucha alegría a Barrabás. Pero Jesús no murió solamente en lugar de Barrabás. Toda la humanidad tuvo su sentencia de muerte eterna transferido a Cristo. Él murió en mi lugar. Él fue crucificado en tu lugar. Él redimió a todo el mundo a través de su terrible muerte en el Calvario. El apóstol Pablo dijo: “Pero lejos esté por mi gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo.” Gálatas 6:14.

Debido a nuestra transgresión, nos tornamos malditos ante la ley de Dios. Pablo dice: “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, al hacerse maldición por nosotros, porque escrito está: “Maldito todo el que es colgado de un madero”. Gálatas 3:13.

No conozco ningún registro afirmando que Barrabás haya reconocido a Jesús como su Salvador “del pecado” (Mateo 1:21). Todo indica que él se benefició de la muerte de Jesús solamente porque dejó de ser crucificado. Al morir en lugar de Barrabás y de todo el mundo, Cristo ofreció plena salvación del pecado y de las consecuencias eternas de la transgresión. Todo ser humano recibe la libertad de elegir si desea de hecho ser salvo o permanecer bajo el dominio del archienemigo.

El apóstol Pedro dice: “Sabed que habéis sido rescatados de la vana conducta que recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni defecto”. 1 Pedro 1:18,19.

“Para eso fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas. “El no cometió pecado, ni fue hallado engaño en su boca”. Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba al que juzga con justicia. El mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, podamos morir a los pecados, y vivir a la justicia; “porque por sus heridas fuisteis sanados”. 1 Pedro 2: 21-24.

“Porque también Cristo padeció una vez para siempre por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.” 1 Pedro 3:18.

El apóstol Pablo, escribiendo a los cristianos hebreos, declara: “Pero Cristo ya vino, y ahora es el Sumo Sacerdote de los bienes definitivos. El Santuario donde él ministra es más grande y más perfecto; y no es hecho por mano de hombre, es decir, no es de este mundo. Y Cristo entró en ese Santuario una vez para siempre, no con sangre de

machos cabríos ni becerros, sino con su propia sangre, y consiguió la eterna redención.” Hebreos 9:11, 12.

A través del infinito sacrificio hecho por Cristo en el Calvario, está garantizada la gracia para el perdón de nuestros pecados y el poder para vivir una nueva vida a través de la fe en nuestro Salvador, y, finalmente, amplia entrada en Su reino de gloria. “Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a que fuesen modelados a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.” Romanos 8:29, 30.

Dios reveló la máxima prueba de su amor al enviar a su Hijo unigénito al mundo, “para que todo el que crea en él, no perezca, sino tenga vida eterna.” Juan 3:16.

Antes de que el apóstol Pablo entregara su vida como mártir del Evangelio afirmó con plena seguridad de fe, “Yo ya estoy para ser sacrificado. El tiempo de mi partida está cerca. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, que me dará el Señor, Juez justo, en aquel día. Y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”. 2 Timoteo 4: 6-8.

Jesús se sacrificó porque nos ama. ¿Nosotros lo amamos? Ese amor recibido y correspondido hace toda la diferencia en el momento presente y hará toda la diferencia en la eternidad.

Las últimas palabras de Cristo en la Cruz

Después de ser sometido a todo tipo de humillaciones durante la farsa de juicio llevado a cabo por el Sanedrín, Cristo fue llevado al tribunal de Pilato, el gobernador romano; desde allí fue llevado al palacio del rey Herodes y nuevamente fue llevado a la corte de Pilato, donde fue azotado sin piedad, y finalmente ordenado a caminar en dirección hacia el Calvario para ser crucificado.

Cristo no opuso resistencia a ninguno de sus torturadores y asesinos. Su comportamiento durante todo el tiempo que fue clavado en la cruz revela la absoluta perfección de su carácter.

Según Lucas, las primeras palabras de Jesús después de la crucifixión constituían una oración al Padre en nombre de sus verdu-

gos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Lucas 23:34.

Bajo el dolor más insoportable, Cristo no expresó ninguna preocupación por sí mismo. Él oró por el perdón de sus verdugos. Esa oración comenzó a ser contestada ese día. El centurión romano, que coordinaba el trabajo ingrato de la crucifixión, confesó su fe en el Redentor, diciendo: “¡Realmente este hombre era justo!” Lucas 23:47.

“Esa oración de Cristo por sus enemigos abarcaba al mundo. Abarcaba a todo pecador que hubiera vivido desde el principio del mundo o fuese a vivir hasta el fin del tiempo. Sobre todos recae la culpabilidad de la crucifixión del Hijo de Dios. A todos se ofrece libremente el perdón. “El que quiere” puede tener paz con Dios y heredar la vida eterna.” El Deseado de Todas las Gentes, pág. 694

La segunda frase de Jesús en la cruz, aún según Lucas, fue su respuesta a la oración del ladrón arrepentido: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. Lucas 23:42. Jesús le aseguró: “De cierto te digo hoy, que estarás conmigo en el paraíso.” Lucas 23:43.

“Mientras pronunciaba las palabras de promesa, la obscura nube que parecía rodear la cruz fue atravesada por una luz viva y brillante. El ladrón arrepentido sintió la perfecta paz de la aceptación por Dios. En su humillación, Cristo fue glorificado... Es su derecho real salvar hasta lo sumo a todos los que por él se allegan a Dios.” El Deseado de Todas las Gentes, pág. 699.

Juan registra el hecho de que “Estaban junto a la cruz de Jesús, su madre, la hermana de su madre, María esposa de Cleofas, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y junto a ella, al discípulo que él amaba, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Después dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.” Juan 19:25-27.

“¡Oh Salvador compasivo y amante! ¡En medio de todo su dolor físico y su angustia mental, tuvo un cuidado reflexivo para su madre! No tenía dinero con que proveer a su comodidad, pero estaba él entronizado en el corazón de Juan y le dio su madre como legado precioso. Así le proveyó lo que más necesitaba: la tierna simpatía de quien la amaba porque ella amaba a Jesús. Y al recibirla como un sagrado cometido, Juan recibía una gran bendición. Le recordaba constantemente a su amado Maestro.” El Deseado de Todas las Gentes, pág. 700.

Después de este hecho, Jesús dijo: “Tengo sed” (Juan 19:28).

“Uno de los soldados romanos, movido a compasión al mirar sus labios resecos, colocó una esponja en un tallo de hisopo y, sumergiéndola en un vaso de vinagre, se la ofreció a Jesús. Pero los sacerdotes se burlaron de su agonía”. El Deseado de Todas las Gentes, pág. 703.

Marcos añade las siguientes palabras de Jesús en la novena hora (15h): “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?” Marcos 15:34.

“El inmaculado hijo de Dios pendía de la cruz: su carne estaba lacerada por los azotes; aquellas manos que tantas veces se habían extendido para bendecir, estaban clavadas en el madero; aquellos pies tan incansables en los ministerios de amor estaban también clavados a la cruz; esa cabeza real estaba herida por la corona de espinas; aquellos labios temblorosos formulaban clamores de dolor. Y todo lo que sufrió: las gotas de sangre que cayeron de su cabeza, sus manos y sus pies, la agonía que torturó su cuerpo y la inefable angustia que llenó su alma al ocultarse el rostro de su Padre, habla a cada hijo de la humanidad y declara: Por ti consiente el Hijo de Dios en llevar esta carga de culpabilidad; por ti saquea el dominio de la muerte y abre las puertas del Paraíso”. El Deseado de Todas las Gentes, pág. 703.

Relata el “médico amado”, Dr. Lucas, que “cuando toda la tierra quedó en tinieblas hasta la hora novena (3 de la tarde). Y el velo del templo se rasgó por la mitad. Entonces Jesús, exclamó a gran voz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Y habiendo dicho esto, expiró.” Lucas 23: 44-46.

“Una luz circuyó la cruz y el rostro del Salvador brilló con una gloria como la del sol. Inclino entonces la cabeza sobre el pecho y murió.

Entre las terribles tinieblas, aparentemente abandonado de Dios, Cristo había apurado las últimas heces de la copa de la desgracia humana. En esas terribles horas había confiado en la evidencia que antes recibiera de que era aceptado de su Padre. Conocía el carácter de su Padre; comprendía su justicia, su misericordia y su gran amor. Por la fe, confió en Aquel a quien había sido siempre su placer obedecer. Y mientras, sumiso, se confiaba a Dios, desapareció la sensación de haber perdido el favor de su Padre. Por la fe, Cristo venció.” El Deseado de Todas las Gentes, pág. 704.



JESÚS, NUESTRO SUMO SACER- DOTE Y ABOGADO

Antes de considerar la misión de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote, tenemos que entender la obra de un sacerdote. El hombre, antes del pecado, tenía el privilegio de la comunicación directa con Dios, de tal manera que no necesitaba un mediador o intercesor. Adán y Eva disfrutaban de la completa comunicación con Dios sin ningún velo de separación. Hablaban diariamente con Dios como de amigo para amigo.

Inmediatamente después de la transgresión, ellos fueron expulsados de Edén, pero no abandonados por el Señor; Cristo se convirtió en intercesor entre Dios y el hombre. Un sistema ceremonial fue establecido por Dios para señalar el sacrificio que sería hecho por Cristo para la redención del género humano. Adán fue el primer hombre en ofrecer un sacrificio al Señor, contemplando, por la fe, a Cristo, que moriría en la cruz del Calvario en favor de la humanidad caída.

“Los hombres sienten que han violado la ley. El poder de lo alto es más santo que ellos, y no se atreven a acercarse a ella. Suplican por la intervención de alguien que creen que es probablemente más aceptable que ellos mismos. Él debe ofrecer sus oraciones, agradecimientos y sacrificios. Alguien que sea su representante en ‘las cosas que se refieren a Dios’. El también puede ser un representante de Dios a los hombres”. Unger, Merrill F. Unger’s Bible Dictionary. EUA: Moody Publishers. P. 881.

“La reconciliación del hombre con Dios sólo podía ser realizada mediante un mediador que fuera igual a Dios, que poseyera los atributos que lo dignificaran y lo declararan digno de tratar con el Dios infinito en favor del hombre, y también de representar a Dios

ante un mundo caído. El sustituto y garantía del hombre debía tener la naturaleza del hombre, un entronque con la familia humana a quien había de representar, y, como embajador de Dios, debía participar de la naturaleza divina, debía tener una unión con el Infinito a fin de manifestar a Dios ante el mundo y ser un mediador entre Dios y el hombre". Mensajes Selectos Tomo 1, pág. 301

De hecho, el único mediador entre Dios y nosotros es Jesucristo (1 Timoteo 2:5). Entonces los sacerdotes, deberían representar la obra y el carácter de Cristo.

"Tan pronto como hubo pecado, hubo un Salvador. Cristo sabía que habría de sufrir, y sin embargo se convirtió en el sustituto del hombre. Tan pronto como pecó Adán, el Hijo de Dios se presentó como el garante de la raza humana, con tanto poder para impedir la condenación pronunciada sobre los culpables como cuando murió en la cruz del Calvario (Id. 12-3-1901)". Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 1, pág. 16, 17

"El instante en que el hombre acogió bien las tentaciones de Satanás e hizo las mismas cosas que Dios le había dicho que no hiciera, Cristo, el Hijo de Dios, se colocó entre los vivos y los muertos, diciendo: "Caiga el castigo sobre mí. Estaré en el lugar de hombre. El tendrá otra oportunidad" (Carta 22, 13-2- 1900)". Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 1, pág. 17

Vale la pena mencionar dos puntos muy importantes que acabamos de mencionar en las citas anteriores: inmediatamente después del pecado, Cristo se convirtió en "Substituto del hombre" y "Garante de la raza humana."

Existe mucha luz en estas dos expresiones, "Substituto" y "Garante".

Cristo, nuestro Sustituto

En lugar de castigar a los pecadores por causa de la transgresión de la ley de Dios - "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23) - Cristo aceptó el castigo del pecado sobre sí mismo. "Al (Jesús) que no tenía pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros seamos hechos justicia de Dios en él (Jesús)".

"Sin embargo, él llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores. Y nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y

abatido. Pero él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos curados. Todos nos descarriamos como ovejas, cada cual se desvió por su camino. Pero el Eterno cargó sobre él el pecado de todos nosotros". Isaías 53:4-6.

"Cristo fue tratado como nos merecemos, para que recibiéramos el tratamiento al que tenía derecho. Fue condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, de que fuésemos justificados por su justicia, en el que no habíamos participado. Sufrió la muerte que nos fue, para que recibiéramos la vida que Él pertenecía. "Por su llaga fuimos nosotros curados." (5)

Cristo nuestro Garante y Representante

Poco después de la creación de Adán y Eva, Dios coronó a Adán como el rey de nuestro planeta. Se convirtió en el representante de la humanidad. Después de la transgresión de Adán, Satanás tomó el control de ese reino, y por usurpación, se convirtió en "el príncipe de este mundo" (Juan 12:31).

"Cristo había estado y estaba en perfecta armonía con el Padre. Iba a ser probado como representante de la raza humana. El Espíritu lo condujo al desierto para hacer frente al enemigo en un encuentro personal, con el fin de vencer a aquel que pretendía ser cabeza de los reinos del mundo". El Cristo Triunfante, pág. 191

"Las tentaciones de Satanás alcanzaron su máxima efectividad al degradar la naturaleza humana, porque el hombre no podía hacer frente a su poderosa influencia. Pero Cristo, en lugar del hombre, como representante del hombre, descansando plenamente en el poder de Dios, soportó el difícil conflicto a fin de ser un perfecto ejemplo para nosotros". El Cristo Triunfante, pág. 206.

Cristo venció a Satanás y recuperó el "antiguo dominio". Aunque sepamos que Cristo será coronado solamente después del milenio, Él, triunfó sobre Satanás en el desierto de la tentación, a lo largo de su ministerio terrenal, y en la cruz cuando dijo: "Consumado es." Como el segundo Adán, vino a ser nuestro representante legítimo. Siendo Cristo hombre y Dios, Él puede representar plenamente a Dios a la humanidad y representar al hombre ante Dios. "Porque el amor de Cristo nos apremia, al pensar que si uno murió por todos,

luego todos han muerto. Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió, y resucitó por ellos.” 2 Corintios 5:14, 15.

“(Los discípulos) Sabían que tenían un Representante en el cielo, un Abogado ante el trono de Dios.” Los Hechos de los Apóstoles, pág. 29.

“El Señor (Cristo) habría de ofrecer un sacrificio inmaculado al Padre para su gloria y honor... Los mundos que no habían caído, los ángeles celestiales y la humanidad caída estaban contemplando cada paso del Representante del Padre y, a la vez, Representante de la humanidad perfecta. Y su carácter no tenía defecto alguno”. El Cristo Triunfante, pág. 262.

“Y luego, a ese compañía de atentos oyentes predicó el apóstol (Pedro) a Cristo, su vida, sus milagros, su entrega y crucifixión, su resurrección y ascensión y su obra en el cielo como representante y defensor del hombre”. Los Hechos de los Apóstoles, pág. 113.

¿Vemos por qué Cristo es el Sumo Sacerdote perfecto? Él, Representa perfectamente a Dios ante los hombres y también representa a la humanidad ante Dios. La función principal de un sacerdote era la de intercesor. Él, Podría representar al hombre ante Dios y Dios ante el hombre. “Acerca del sacerdote se dijo: “Porque le ha escogido Jehová,. . . para ministrar al nombre de Jehová.” (Deut. 18: 5)”. Los Hechos de los Apóstoles, pág. 271.

Ministrar “en el nombre del Señor” significaba que el sacerdote debía representar a Dios ante el pueblo. “En la antigüedad el padre era el jefe y el sacerdote de su propia familia, y ejercía autoridad sobre sus hijos, aun después de que éstos tenían sus propias familias.” Patriarcas y Profetas, pág. 136

A partir de la experiencia en el Monte Sinaí hasta la muerte de Cristo en la cruz del Calvario, los descendientes de Aarón, de la tribu de Leví, fueron ungidos como sacerdotes entre el pueblo de Israel.

Jesús no podía ser un sacerdote según el orden de Aarón, porque provenía de la tribu de Judá. Él se convirtió en sacerdote según el orden de Melquisedec. Vamos a profundizar este tema en el siguiente capítulo.



JESÚS, SACERDOTE SEGÚN EL ORDEN DE MELQUISEDEC

Vimos anteriormente que, en el mismo día en que Adán y Eva desobedecieron a la palabra de Dios, Cristo se ofreció a sí mismo para sufrir la pena de la ley eterna. Él se presentó como Substituto, Mediador e intercesor por la raza caída.

En Apocalipsis 13: 8 Cristo es llamado “Cordero que fue muerto desde la creación del mundo.”

“Adán escuchó las palabras del tentador, y cayó en el pecado al rendirse a sus insinuaciones. En su caso, ¿por qué no se puso en vigor la pena de muerte inmediatamente? Porque se encontró una manera de rescatarlo. El unigénito Hijo de Dios se ofreció como voluntario para tomar sobre sí mismo el pecado del hombre y para hacer la expiación de la raza caída. No podría haber habido perdón para el pecado si no se hubiera hecho esta expiación.” Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 1, pág. 14

De acuerdo con esas palabras inspiradas, Cristo comenzó a actuar como nuestro Salvador, nuestro intercesor y nuestro Mediador, apenas cuando el hombre cometió su primer pecado. En otras palabras, Cristo se convirtió en el verdadero representante del hombre después de la caída.

El sistema de sacrificios y ofrendas, establecido así que el hombre desobedeció, fue diseñado por Dios como un símbolo del verdadero sacerdocio de Jesús después de su muerte en la cruz.

Ya hemos considerado que el sacerdocio levítico fue solamente un símbolo del sacerdocio de Cristo. Sin embargo, Cristo no fue un descendiente de la tribu de Leví, escogida para el servicio del santuario y el sacerdocio, y sí de la tribu de Judá.

“Porque es evidente que nuestro Señor nació de la tribu de Judá, y de ella nada habló Moisés tocante al sacerdocio. Esto es más evidente aún, cuando a semejanza de Melquisedec se levanta otro sacerdote distinto, constituido, no según una ley humana, sino según el poder de una vida indestructible. Pues se afirma de él: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”. Así, la ordenación anterior queda abrogada por su ineficacia e inutilidad. Porque la Ley nada perfeccionó; por otro lado, fue introducida una esperanza mejor, que nos acerca a Dios. Los otros sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: “Juró el Señor, y no desistirá. Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”. Por eso, Jesús fue hecho fiador de un pacto mejor. Los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, porque la muerte les impedía continuar. Pero como Jesús permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable.” Hebreos 7: 14-24.

Melquisedec, rey de Salem

En el registro de Génesis 14, después de que Abraham hubiera infligido tremenda derrota a los cuatro reyes que habían tomado a Lot y a su familia cautiva, el patriarca fue honrado y bendecido por Melquisedec, sacerdote del Altísimo y rey de Salem - Rey de paz.

“Entonces Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, les sirvió pan y vino, y bendijo a Abram. Le dijo: “Bendito sea Abram por el Dios Altísimo, Creador del cielo y de la tierra. “Y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó a tus enemigos en tu mano”. Y Abram le dio el diezmo de todo”. Génesis 14: 18-20.

Acerca de Melquisedec, está escrito que él era:

1. Rey de Salem.
2. Sacerdote del Dios Altísimo.

También está escrito que Abraham reconoció a Melquisedec

como sacerdote del Dios Altísimo, y le dio el diezmo de todo.

Antes que la tribu de Leví fuese reconocida como responsable del sacerdocio, Melquisedec era sacerdote del Dios Altísimo.

Melquisedec, un modelo de Cristo

“Melquisedec (mel-kis e-dek; rey de justicia), rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, que salió a felicitar a Abraham en su victoria sobre Quedorlaomer y sus aliados. Lo encontró en el ‘valle de Save, que es el Valle del Rey.’ Melquisedec trajo pan y vino para los guerreros cansados, y dio su bendición a Abraham. A cambio, el patriarca dio al sacerdote real la décima parte de toda la riqueza del enemigo (Génesis 14:18-20.), reconocimiento práctico del sacerdocio divino de Melquisedec [que es] mencionado en el Salmo 110: 4, donde está profetizado que el Mesías debería ser “sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, y en Hebreos 5: 7, donde esos dos pasajes del Antiguo Testamento son citados y el relacionamiento típico de Melquisedec con nuestro Señor es demostrado por la larga duración [del sacerdocio]. ‘Según el orden de Melquisedec’ (Salmo 110: 4) es explicada por Genesius y Rosen Muller, pues significa “modo”, a semejanza con dignidad oficial - un rey y un sacerdote. La relación entre Melquisedec y Cristo como tipo y anti-tipo es hecha en la Epístola a los Hebreos y consiste en los siguientes elementos: Ambos eran sacerdotes, (1) pero no de la tribu de Leví; (2) superior a Abraham; (3) cuyo principio y fin son desconocidos; (4), que no es solamente un sacerdote, sino también un rey de paz y justicia. “Sin padre” (Hebreos 7: 3) se refiere a la genealogía de los sacerdotes. Melquisedec no se encuentra en los registros de la única línea de sacerdotes legítimos; ningún registro de su nombre; ni siquiera de su padre o su madre; ninguna evidencia señala su línea de descendencia de Aarón. No se dice que él no tenía padre, o que él no nació en cualquier momento, o murió en cualquier día, sino que esos hechos no fueron encontrados en el registro del sacerdocio levítico. Melquisedec ofrece un modelo expresivo de Cristo Rey-Sacerdote, especialmente la obra del Mesías en la resurrección, en la medida en que el antiguo personaje ofrece

pan y vino, memorial del sacrificio (Génesis 14:18). El escritor a los Hebreos describe bellamente la continuidad eterna y real autoridad del sumo sacerdocio de Cristo con la frase, ‘según el orden de Melquisedec’ (Hebreos 6:20; 7:23, 24). El sacerdocio, tal como fue transmitido a través de la línea de Aarón, a menudo fue anulado por la muerte. El aspecto de Melquisedec del sacerdocio de Cristo retrata a Cristo en la perpetuidad de su oficio sacerdotal. “Ya que está siempre vivo para interceder por ellos.” (Hebreos 7:25). Mientras que el sacerdocio de Aarón pudiese caracterizar la obra sacerdotal de Cristo, fue limitado en retratar el alcance total de su ministerio sacerdotal. El modelo de Melquisedec complementa el modelo de Aarón”. Unger, Merrill F. Unger’s Bible Dictionary. EUA: Moody Publishers.

Como rey y sacerdote, al mismo tiempo, Melquisedec se convirtió en un modelo perfecto del sacerdocio de Cristo. “Dios nunca se ha quedado sin testigos en la tierra. En un tiempo, Melquisedec representó al Señor Jesucristo en persona para revelar la verdad del cielo y perpetuar la ley de Dios (Carta 190, 1905).” Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 1, pág. 24, 25

“Fue Cristo quien habló por medio de Melquisedec, el sacerdote del Dios altísimo. Melquisedec no era Cristo, sino la voz de Dios en el mundo, el representante del Padre”. Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 1, pág. 25

En el libro de Hebreos, encontramos más información acerca de este personaje extraordinario relacionado con el sacerdocio divino. “Este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, salió a recibir a Abrahán cuando volvía de vencer a los reyes, y lo bendijo. A él, Abrahán le dio el diezmo de todo. Su nombre significa primero rey de justicia; y también rey de Salem, esto es, rey de paz. Sin padre, ni madre, ni genealogía, sin principio de días, ni fin de vida. Hecho semejante al Hijo de Dios, en que permanece sacerdote para siempre. Considerad cuán grande fue Melquisedec, a quien aun el patriarca Abrahán le dio el diezmo del botín. Según la Ley, los levitas que toman el sacerdocio, tienen orden de recibir el diezmo del pueblo; es a saber, de sus hermanos, aunque éstos también proceden de la estirpe de Abrahán. Pero aquel, sin ser de la genealogía de ellos, recibió de Abrahán el diezmo; y bendijo al que tenía las promesas. Es indiscutible que el menor es bendecido por el mayor. Aquí los hombres mortales reciben el diezmo; pero allí, uno de quien se atestigua que vive. Y por

decirlo así, el mismo Leví, que recibe los diezmos, pagó el diezmo por medio de Abrahán. Porque Leví aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro. Si la perfección se hubiera podido alcanzar por el sacerdocio levítico -porque en base a él el pueblo recibió la Ley- ¿qué necesidad había aún de que se levantara otro sacerdote según el orden de Melquisedec, y no de Aarón?" Hebreos 7: 1-11.

A partir de aquellas Escrituras Sagradas, aprendemos acerca de Melquisedec que:

- 1. Era rey de Salem (Rey de la Paz).**
- 2. Era rey de justicia.**
- 3. Era sacerdote del Dios Altísimo.**
- 4. Bendijo a Abraham.**
- 5. Recibió diezmos de Abraham.**
- 6. No tenía genealogía registrada.**
- 7. Representaba a Cristo.**
- 8. Era superior a Abraham.**

En resumen, el Sacerdocio de Melquisedec fue muy superior al sacerdocio levítico. Melquisedec fue "hecho como el Hijo de Dios", miembro de un orden diferente de sacerdocio.

Para comprender adecuadamente el ministerio de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, debemos estar completamente familiarizados con su naturaleza divina y humana. Y el libro de Hebreos es el mejor material para este propósito. En el primer capítulo de Hebreos, Pablo afirma que Cristo es la suprema revelación del carácter de Dios: a través de él, Dios hizo los mundos. En el versículo 4, se nos dice que Cristo en Su divinidad es "superior a los ángeles", ya que él los creó. Cristo es el Creador, y los ángeles son criaturas. En el versículo 5, Cristo es declarado "Hijo de Dios", El tiene los mismos atributos de la Deidad. En el versículo 6, Dios ordena a todos los ángeles adorar a Cristo.

De acuerdo con las Escrituras, ningún ser creado puede ser adorado. Cuando el apóstol Juan recibió la visita de Gabriel, estaba tan sorprendido con la gloria del ángel que fue tentado a adorarle. Pero Gabriel le dijo: "No hagas eso. Yo soy siervo como tú y como tus hermanos que se atienen al testimonio de Jesús. ¡Adora a Dios!"

Apocalipsis 19:10. Sin embargo, en muchas ocasiones Cristo recibió la adoración debida. Y esta es una prueba absoluta de su deidad completa (Apocalipsis 5,8-14; Hebreos 1,6; Mateo 2:11, etc.).

En Hebreos 1, versículo 8, Cristo es explícitamente reconocido como Dios. Dice el Padre dirigiéndose a Jesús: “Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de equidad el cetro de tu reino”. En este mismo versículo está implícita la idea de que Cristo también es rey, ya que la existencia de un reino implica la presencia de un rey. Nuevamente en el versículo 10, el poder de Cristo como Creador es colocado en evidencia: “Tú oh Señor, en el principio pusiste los cimientos de la tierra, y los cielos son obras de tus manos.”

En el segundo capítulo de Hebreos, el apóstol lidia con la naturaleza humana de Cristo. Para ser un verdadero sacerdote, alguien debe estar familiarizado con el carácter de Dios y con la condición pecaminosa del hombre. Cristo es el único que realmente puede ocupar el cargo de Sumo Sacerdote. Siendo Dios, Él es plenamente capaz de revelar el carácter de Dios. Siendo hombre, Él conoce muy bien la condición humana. Acerca de Jesús, el apóstol Juan dijo: “Mientras estaba en Jerusalén en la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su Nombre, al ver las señales que hacía. Pero Jesús no confiaba en ellos, porque conocía a todos. No necesitaba que nadie le dijera nada acerca de los hombres, porque él sabía lo que hay en el hombre”. Juan 2:23-25.

A diferencia de Hebreos, capítulo 1, donde el autor afirma que en su divinidad, Cristo es superior a los ángeles, en el capítulo 2, hablando acerca de la naturaleza humana de Cristo, está escrito que Él “por un momento fue hecho un poco menor que los ángeles, lo vemos coronado de gloria y de honra, por haber padecido la muerte, para que por la gracia de Dios experimentase la muerte en beneficio de todos.” (Versículo 9). Si Cristo no hubiera tenido la naturaleza humana después del pecado, Él no podía morir por el hombre. “Porque el que santifica y los que son santificados, todos proceden de uno. Por eso, no se avergüenza de llamarlos hermanos”. (Versículo 11).

En el versículo 14, se nos dice que “Así, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por su muerte al que tenía dominio de la muerte, a saber, al diablo”. De hecho, cuando Cristo murió en la cruz del Calvario, se firmó la sentencia de muerte de Satanás. El archienemigo fue total-

mente derrotado con la muerte de Cristo.

“Porque no vino para ayudar a los ángeles, sino a los descendientes de Abrahán. Por eso, debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser compasivos y fiel Sumo Sacerdote ante Dios, para expiar los pecados del pueblo. Y como él padeció al ser tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”. (Versículos 16-18).

Resumiendo la esencia de los dos primeros capítulos de Hebreos, el autor inspirado deja claro que Cristo, siendo plenamente Dios y hombre, está plenamente cualificado para ser nuestro Sumo Sacerdote.

“Fije sus pensamientos en Jesús”

En el capítulo tres de Hebreos, se nos invita a mirar a Jesús: “Por tanto, hermanos santos, participantes del llamado celestial, considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de la fe que profesamos, a Jesús”. (Versículo 1). Ahora, después de que Cristo vivió una vida perfecta y murió por nosotros, tenemos un Salvador perfecto. Estamos llamados a fijar nuestra atención en Él, que está intercediendo por nosotros en el lugar santísimo, delante del trono de la gracia.

En Colosenses capítulo 3, recibimos la misma invitación: “Siendo que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.” (Versículos 1-3).

Mirar a Cristo es vital para nuestra salvación eterna. Tan pronto como fijamos nuestra atención en él y en su obra intercesora a nuestro favor, recibimos la gracia para ser justificados y santificados. Pablo en Hebreos 12: 2-3 dice: “Puestos los ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe, quien en vista del gozo que le esperaba, sufrió la cruz, menospreció la vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad, pues, a aquel que sufrió tal hostilidad de los pecadores contra sí mismo, para que no os fatiguéis en vuestro ánimo hasta desmayar”. En este pasaje Cristo es identificado como el Autor y Consumidor de nuestra fe. Nuestra salvación tiene su comienzo en Cristo y en es completa en Él. En Filipenses 1:6, dice que “el que empezó en vosotros la buena obra, la irá perfeccionando hasta el día

de Jesucristo.” De hecho dependemos enteramente de Dios, desde el principio de nuestra experiencia cristiana hasta el final de la misma.

“Es Dios el que circuncida el corazón. Toda la obra es del Señor de principio a fin. El pecador que perece puede decir: “Soy un pecador perdido, pero Cristo vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. El dice: ‘No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mar. 2: 17), Soy pecador y Cristo murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito permanecer un solo momento más sin ser salvado. El murió y resucitó para mi justificación y me salvará ahora. Acepto el perdón que ha prometido”. Mensajes Selectos, Tomo1, pág. 459.



JESÚS, EL JUEZ

Recuerdo con añoranza, el Congreso de jóvenes celebrado en los alrededores de Ribeirao Pires, SP, en enero de 1984. La infraestructura del lugar no era de las mejores. El tiempo estaba lluvioso. No teníamos ningún confort. Entonces, ¿Cuál es la razón de la nostalgia?

En ese Congreso, se invitó a los jóvenes a traer sus Biblias y otras obras inspiradas que serían utilizadas en la investigación de la persona, las enseñanzas y de la obra salvadora de Jesucristo.

Me acuerdo de los equipos juveniles, equipados con la Biblia y de los libros de Elena G. de White, estudiando en grupos los temas que les fueron asignados. El esquema funcionaba así: cada grupo recibió un asunto para la investigación, debatía el tema, buscaba pruebas en la Palabra de Dios para corroborar los resultados. En un horario designado, cada grupo llevaría sus conclusiones, para ser debatidas en el Pleno para la presentación final.

No me olvido de la sorpresa y consternación del rostro de un misionero veterano, de muy buena memoria, cuando el grupo para estudiar el tema “Jesús, el Juez” presentó sus conclusiones. El hermano preguntó: “¿Cómo puede Jesús ser abogado y juez al mismo tiempo?”. ¿Existe evidencia bíblica para afirmar que Jesús también es juez?

Consideremos este asunto de gran interés:

Jesús también es revelado en las Escrituras como Juez. Ese hecho demuestra su igualdad con el Padre (Juan 10:30) y su poder para juzgar y determinar la recompensa de todos.

Es necesario mencionar la diferencia de roles entre Dios el Padre y Jesucristo en relación a la obra realizada durante el juicio investigador, antes del cierre de la gracia, y el juicio ejecutivo, después que Cristo termina su obra intercesora en el santuario celestial y regresa a la tierra para llevar a sus hijos fieles al hogar celestial.

En los párrafos siguientes, esa diferencia de funciones se torna evidente.

Acerca de Dios, el Padre:

“Mientras yo miraba fueron puestos tronos, y un Anciano de muchos días se sentó. Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura. Su trono llama de fuego, y sus ruedas fuego ardiente. Un río de fuego salía delante de él. Millares de millares le servían, y millones de millones asistían ante él. El tribunal se sentó en juicio, y los libros fueron abiertos”. Daniel 7:9 y 10.

“Así se presentó a la visión del profeta el día grande y solemne en que los caracteres y vidas de los hombres habrán de ser revista-dos ante el Juez de toda la tierra, y en que a todos los hombres se les dará “conforme a sus obras.” El Anciano de días es Dios, el Padre. El salmista dice: “Antes que naciesen los montes, y formases la tierra y el mundo, y desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.” (Salmo 90: 2.) Es él, Autor de todo ser y de toda ley, quien debe presidir en el juicio”. El Conflicto de los Siglos, pág. 532.

Acerca de Jesús:

“Acompañado por ángeles celestiales, nuestro gran Sumo Sacerdote entra en el lugar santísimo, y allí, en la presencia de Dios, da principio a los últimos actos de su ministerio en beneficio del hombre, a saber, cumplir la obra del juicio y hacer expiación por todos aquellos que resulten tener derecho a ella”. El Conflicto de los Siglos, pág. 534.

“Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho cuando estuvo en el cuerpo, sea bueno o malo”. 2 Corintios 5: 10.

El texto del libro del profeta Zacarías capítulo 3, ejemplifica

una escena del juicio. Al profeta se le mostró al sumo sacerdote Josué, quien, vestido de vestiduras viles, estaba delante de Cristo, el Ángel del Señor. Satanás también estaba allí para acusar a Josué y al pueblo que él representaba. Las ropas sucias vestidas por Josué simbolizaban sus propios pecados y los pecados del pueblo de Dios.

Josué no podía refutar las acusaciones de Satanás, pues de hecho el mismo y el pueblo de Israel habían pecado. Sin embargo, él vino manifestando el arrepentimiento y la confesión del pueblo. Entonces Jesús dijo: “El Señor te reprenda, oh Satanás, el Señor que ha elegido a Jerusalén, te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?”. (Versículo 2).

En seguida Jesús dio el veredicto: “Quitadle esa ropa sucia”. En otras palabras, Jesús dijo: “Yo declaro a Josué y al pueblo justificados, perdonados”. “Mira que he quitado tu pecado de ti, y te vestí de ropa de gala”. (Versículo 4).

“Sus propios pecados y los de su pueblo fueron perdonados. Israel había de ser revestido con ‘ropas de gala’”. Profetas y Reyes, pág. 429.

¿Quién tomó la decisión de retirar las ropas sucias de Josué - pecados de Josué y del pueblo - y vestirlo de ropas de gala - la justicia de Cristo? El mismo Jesús.

El profeta Isaías profetizó la misión juzgadora de Cristo, cuando dijo: “Se deleitará en reverenciar al Eterno. No juzgará según la apariencia, ni decidirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y decidirá con equidad en favor de los mansos de la tierra”. Isaías 11: 3, 4.

Jesús mismo dijo: “Además, el Padre a nadie juzga, sino que confió todo el juicio al Hijo; para que todos honren al Hijo como honran al Padre.” Juan 5:22, 23. “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo que tenga vida en sí mismo. Además, le dio autoridad de hacer juicio, porque es el Hijo del Hombre.” (Versículos 26 y 27).

El apóstol Pedro, en su mensaje dirigido al grupo liderado por el centurión Cornelio, dijo: “Pero Dios lo levantó (a Jesús) al tercer día, y le concedió que se manifestara, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había designado, a nosotros que comimos y bebimos con él, después que resucitó de los muertos. Y nos mandó que

predicásemos al pueblo, y testificásemos que él fue constituido por Dios como Juez de vivos y muertos.” Hechos 10: 40-42. (Paréntesis es nuestro).

En su mensaje a los atenienses, Pablo dijo: “Pues Dios, habiendo pasado por alto ese tiempo de ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan. Por cuanto ha establecido un día, en el cual juzgará al mundo con justicia, por medio de aquel Hombre que él ha designado, dando a todos una garantía al resucitarlo de entre los muertos”. Hechos 17:30, 31.

Después de haber curado al paralítico de Betesda, Jesús fue acusado por los sacerdotes judíos de quebrantar el sábado, pero el Salvador refutó las acusaciones falsas contra sí mismo, indicando que las obras de misericordia estaban en plena armonía con el espíritu del día de reposo.

“Los sacerdotes y gobernantes se habían constituido jueces, para condenar la obra de Cristo, pero él se declaró Juez de ellos y de toda la tierra. El mundo ha sido confiado a Cristo, y por él ha fluído toda bendición de Dios a la especie caída. Era Redentor antes de su encarnación tanto como después. Tan pronto como hubo pecado, hubo un Salvador. Ha dado luz y vida a todos, y según la medida de la luz dada, cada uno será juzgado. Y el que dio la luz, el que siguió al alma con las más tiernas súplicas, tratando de ganarla del pecado a la santidad, es a la vez su Abogado y Juez. Desde el principio de la gran controversia en el cielo, Satanás ha sostenido su causa por medio del engaño; y Cristo ha estado obrando para desenmascarar sus planes y quebrantar su poder. El que hizo frente al engañador, y a través de todos los siglos procuró arrebatarse cautivos de su dominio, es quien pronunciará el juicio sobre cada alma”. El Deseado de Todas las Gentes, págs. 180, 181.

“Cristo puede juzgar y juzgará cada caso; pues el Padre le ha confiado juicio. Él estimará el servicio por aquello que es invisible para los hombres. Las cosas más secretas están completamente abiertas ante su ojo que lo ve todo. Cuando el Juez de todos los hombres complete su investigación, muchos de los que la estimación humana haya colocado primeros, serán postreros, y muchos de los que hayan sido colocados en los lugares más bajos por los hombres, serán sacados de entre las filas del pueblo y hechos primeros. — The Review and Herald, 31 de julio de 1900.” El Ministerio Médico, pág.

173.

En otra referencia bíblica, cuando los discípulos de Jesús, con hambre, recogieron espigas de trigo y las comieron durante las horas del sábado, una vez más los enemigos pensaron haber encontrado otro motivo para acusar a Cristo y a sus seguidores de transgredir el cuarto mandamiento. Otra vez más, Jesús justificó a sus discípulos y condenó a los acusadores que habían memorizado la letra de la ley, pero ignoraban completamente el espíritu de la misma. Jesús les dijo: "El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado. Así, el Hijo del Hombre es también Señor del sábado". Marcos 2:27, 28.

"Cristo quería enseñar a sus discípulos y a sus enemigos que el servicio de Dios está antes que cualquier otra cosa. El objeto de la obra de Dios en este mundo es la redención del hombre; por lo tanto, lo que es necesario hacer en sábado en cumplimiento de esta obra, está de acuerdo con la ley del sábado. Jesús coronó luego su argumento declarándose "Señor del sábado," es decir un Ser por encima de toda duda y de toda ley. Este Juez infinito absuelve a los discípulos de culpa, apelando a los mismos estatutos que se les acusaba de estar violando". El Deseado de Todas las Gentes, pág. 252.

"Vuestra fe debe ser algo más de lo que ha sido, o seréis pesados en las balanzas y hallados faltos. En el último día, la decisión final del Juez de toda la tierra girará alrededor de nuestro interés por los necesitados, los oprimidos y los tentados, y nuestro trabajo práctico en su favor. No podéis pasarlos siempre por alto, y hallar vosotros mismos entrada en la ciudad de Dios como pecadores redimidos. "En cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñito - dice Cristo, - ni a mí lo hicisteis." (Mateo 25: 45.). Joyas de los Testimonios, Tomo 2, pág. 255.

El profeta Juan en Apocalipsis 19:11 dice: "Entonces vi el cielo abierto y un caballo blanco, y su jinete se llama Fiel y Verdadero, que juzga y pelea con justicia." En Apocalipsis 3:14, el título de "Testigo fiel y verdadero", se aplica a Cristo.

"Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria. Y serán reunidas ante él todas las naciones. Y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: '¡Venid, benditos de mi Padre! Heredad el reino

preparado para vosotros desde la fundación del mundo.” Mateo 25: 31-34.

“Cristo desea que todos comprendan los eventos relacionados con su segunda aparición. Las escenas del juicio se desarrollarán en la presencia de todos los mundos; puesto que en dicho juicio será vindicado el gobierno de Dios, y su ley será presentada como “santa, justa y buena”. Se decidirá entonces todo caso, y a todos se les aplicará su sentencia. El pecado no parecerá atractivo entonces, sino que se verá en toda su deforme magnitud. Todos verán qué tipo de relación mantienen con Dios y con sus semejantes.” Maranata, pág. 290

“Y serán reunidas delante de él todas las naciones” (Mat. 25: 32). El mismo que murió por los hombres los juzgará en el día final, porque el Padre “todo el juicio dio al Hijo. . . y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (Juan 5: 22, 27). Qué día será ese cuando los que rechazaron a Cristo vean a Aquel a quien traspasaron sus pecados.” Maranata, pág. 290

“Cuando sean coronados los leales vencedores. Y no estará ausente ninguno de los justos. Verán en el juez, en Cristo Jesús, a Aquel a quien ha crucificado cada pecador. El Hijo del Hombre vendrá en su gloria y ante él se reunirán todas las naciones. El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo (MS 77, 1906).” Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 7, pág. 394.

“En ese día del castigo final y de la recompensa final, los santos y los pecadores reconocerán en Aquel que fue crucificado al juez de todos los vivientes. Cada corona que sea dada a los santos del Altísimo será concedida por las manos de Cristo: aquellas manos que crueles sacerdotes y gobernantes condenaron a ser clavadas en la cruz. Sólo él puede dar a los hombres el consuelo de la vida eterna (RH 22-11-1898).” Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 7, pág. 399.

“Aquel que se ha desempeñado como nuestro intercesor, que oye todas las oraciones y confesiones de arrepentimiento, que está representado con un arco iris rodeando su cabeza, símbolo de gracia y amor, pronto terminará su obra en el santuario celestial. La gracia y la misericordia dejarán entonces el trono, y la justicia tomará su lugar. Aquel a quien han buscado sus hijos, ocupará el lugar que le corresponde: la investidura de Juez Supremo (RH 1- 1- 1889).” Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 7, pág. 430.

“El Padre ha entregado todo el juicio a su Hijo. Cristo pronunciará la recompensa de la lealtad. “El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo...; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre”. Cristo aceptó la humanidad, y vivió en esta tierra una vida pura y santificada. Por esa razón ha sido designado juez. El que ocupa el puesto de juez es Dios manifestado en la carne (RH 18-6-1901).” Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 5, pág. 252.

“A Cristo le ha sido entregado todo el juicio, porque es el Hijo del hombre. Nada escapa a su conocimiento. No importa cuán elevada sea la jerarquía y cuán grande sea el poder de los apóstatas espirituales. Uno más alto y mayor ha llevado el pecado de todo el mundo. Es infinito en justicia, en bondad y en verdad. Tiene poder para resistir a los principados, a las potestades y a las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Armado y equipado como el Capitán de las huestes del Señor, viene al frente en defensa de su pueblo. Su justicia cubre a todos los que lo aman y confían en él. Como General de los ejércitos preside a la hueste celestial para que esté como un muro de fuego alrededor de su pueblo. Únicamente él es el juez de la justicia de ellos, porque los creó y los redimió a un precio infinito para él. El velará para que la obediencia a los mandamientos de Dios sea recompensada y los transgresores reciban [el pago] de acuerdo con sus obras (Carta 19, 1901).” Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 5, pág. 252, 253.

“Y Cristo ha sido hecho nuestro Juez. No es el Padre el Juez. Tampoco lo son los ángeles. Nos juzgará Aquel que se revistió de nuestra humanidad y vivió una vida perfecta en este mundo. El solo puede ser nuestro juez. ¿Os acordaréis de ello, hermanos y hermanas? ¿Lo recordaréis también, vosotros los predicadores? ¿Y vosotros también, padres y madres? Cristo se revistió de nuestra humanidad para poder ser nuestro Juez.” Joyas de los Testimonios, Tomo 3, pág. 383

“Cristo Jesús es el único que puede juzgar si los seres humanos están en condiciones de recibir la vida eterna. Los portales de la santa ciudad se abrirán ante los que hayan sido humildes, mansos y sencillos seguidores de Cristo, ante los que aprendieron sus lecciones y recibieron el seguro de vida de Jesús por haber formado caracteres

según la divina semejanza.” Dios nos Cuida, pág. 67.

Además de la revelación de Jesús como Dios, él es presentado en las Escrituras como Profeta, Rey, Salvador, Substituto, Sumo Sacerdote, Abogado y Juez. Todos esos títulos y atribuciones divinas convergen para nuestra salvación eterna, que alcanzamos únicamente a través de Él. “En ningún otro hay salvación, porque no hay otro Nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Hechos 4: 12.

En vista de eso, no podemos dejar de escuchar su voz.



“SI OYERES HOY SU VOZ...”

Hoy, mientras aún permanece la gracia, Cristo ofrece a todos la invitación: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso. Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga”. Mateo 11: 28-30.

El autor de la epístola a los Hebreos habla sobre el descanso que podemos solamente encontrar en Cristo, y nos guía a aceptar hoy ese descanso: “Mirad, hermanos, que en ninguno de vosotros haya un corazón malo e incrédulo que lo aparte del Dios vivo. Antes, alentaos unos a otros cada día, mientras dura ese “hoy”, para que ninguno se endurezca con el engaño del pecado. Porque hemos llegado a ser participantes de Cristo, si retenemos firme el principio de nuestra confianza hasta el fin. Entre tanto que se dice: “Si hoy oís su voz, no endurezcáis vuestro corazón como en la provocación”. Hebreos 3: 12-15.

El mensaje de Hebreos 4

El apóstol compara nuestra experiencia con la de Israel en el pasado, diciendo: “Siendo que la promesa de entrar en su reposo, permanece aún, cuidado que ninguno de vosotros parezca rezagado. Porque también a vosotros, como a ellos, se nos anunció el evangelio. Pero la Palabra que oyeron no les aprovechó, porque no se unieron por la fe a los que oyeron. Porque los que hemos creído entramos en el reposo”. (Versículos 1-3). El, Deja claro que solamente podemos

entrar en el reposo de Cristo si realmente creemos en el evangelio.

En Romanos capítulo 9, tenemos un mensaje paralelo, donde el apóstol contrasta la experiencia de los Judíos que rechazaron a Cristo con la de los gentiles que lo aceptaron. “Pues, ¿qué diremos? Que los gentiles que no buscaban la justicia, la alcanzaron, a saber, la justicia que procede de la fe; mientras que Israel, que seguía la ley de justicia, no alcanzó la justicia. ¿Por qué? Porque no la seguían por la fe, sino por las obras. Por eso tropezaron en la piedra de tropiezo”. Romanos 9: 30-32.

Isaías declara: “Y el resultado de la justicia será paz; y el efecto de la rectitud, reposo y seguridad para siempre. Y mi pueblo habitará en albergue de paz, en habitaciones seguras y en residencias tranquilas”. Isaías 32:17,18.

No existe verdadero descanso sin justicia y no hay justicia sin Cristo. “La justicia es santidad, semejanza a Dios; y “Dios es amor”. Es conformidad a la ley de Dios, “porque todos tus mandamientos son justicia” y “el amor pues es el cumplimiento de la ley”. La justicia es amor, y el amor es la luz y la vida de Dios. La justicia de Dios está personificada en Cristo. Al recibirlo, recibimos la justicia”. El Discurso Maestro de Jesucristo, pág. 20.

“Y se dirá de mí: ‘Sólo en el Eterno está la justicia y la fuerza’. A él vendrán, y todos los que contra él se enardecen serán avergonzados. En el Eterno serán justificados, y se gloriarán todos los descendientes de Israel”. Isaías 45:24,25.

El descanso del Séptimo Día

Después de la creación, que duró seis días, está escrito que “Y acabó Dios en el séptimo día la obra que hizo, y reposó en el séptimo día de todo lo que había hecho en la creación. Y Dios bendijo al séptimo día, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.” Génesis 2: 2,3.

El cuarto mandamiento del Decálogo, registrado en Éxodo 20:8-11, también está relacionado con la obra de la creación. “Acuérdate del día sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el sábado es el día de reposo del Señor tu Dios. No hagas ningún trabajo en él... Porque en seis días el Eterno hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día.

Por eso, el Señor bendijo el sábado y lo declaró santo”.

Cristo también murió en la cruz del Calvario en el sexto día de la semana, viernes, a las 3 horas de la tarde. En el séptimo día, sábado, él reposó de su obra de redención.

El autor de la epístola a los Hebreos, une el Sábado del séptimo día con el reposo que encontramos en Cristo. “Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: “Dios reposó de todas sus obras en el séptimo día”. Y otra vez dice: “No entrarán en mi reposo”. Siendo que falta que algunos entren en ese reposo, ya que los primeros en oír el evangelio no entraron por su desobediencia, Dios vuelve a fijar cierto día, y lo llama: “Hoy”. Y como queda dicho, mucho después declara por medio de David: “Si hoy oís su voz, no endurezáis vuestro corazón”. Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también descansa de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en ese reposo. Que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia”. Hebreos 4:4-11.

[Se cita Heb. 4: 9, 11.] El reposo que aquí se menciona es el reposo de la gracia que se obtiene siguiendo la prescripción “Trabaja diligentemente”. Los que aprenden de Jesús su humildad y mansedumbre, encuentran reposo en la experiencia de practicar las lecciones de Cristo. No se obtiene reposo en la indolencia, el egoísmo y la búsqueda de placeres. Los que no están dispuestos a dar al Señor un servicio fiel, ferviente y amante, no encontrarán reposo espiritual ni en esta vida ni en la venidera. El trabajo diligente es lo único que produce paz y gozo en el Espíritu Santo: felicidad en esta tierra y gloria en el más allá”. Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7-A, Suplemento Tomo 7, pág. 370.

En Hebreos, capítulos 3 y 4, existe una estrecha conexión entre la incredulidad y la desobediencia y la fe y la obediencia. Nuestro reposo depende de aceptar a Cristo, seguido de humilde obediencia a su palabra. ¿Está usted dispuesto a aceptar su reposo?

Ahora, un asunto muy importante es colocado por el autor del libro de Hebreos: ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Hebreos 2: 3). En otra ocasión, el apóstol Pablo exhortó: “Así, siendo colaboradores con Dios, os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Porque él dice: “En tiempo

aceptable te oí, en el día de la salvación te ayudé”. Ahora es el tiempo aceptable, ahora es el día de la salvación”. 2 Corintios 6:1,2.

Cristo desea salvarlo (a) ahora

“¿Quién desea llegar al verdadero arrepentimiento? ¿Qué debe hacer? Debe ir a Jesús, tal como es, sin demora. Debe creer que la palabra de Cristo es verdadera y, creyendo en la promesa, pedir para que reciba. Cuando un sincero deseo mueve a los hombres a orar, no orarán en vano. El Señor cumplirá su palabra, y dará el Espíritu Santo para inducir al arrepentimiento con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. El pecador orará, velará y se apartará de sus pecados, haciendo manifiesta su sinceridad por el vigor de su esfuerzo para obedecer los mandamientos de Dios. Mezclará fe con la oración, y no sólo creerá en los preceptos de la ley sino que los obedecerá. Se declarará del lado de Cristo en esta controversia. Renunciará a todos los hábitos y compañías que tiendan a desviar de Dios el corazón”. Mensajes Selectos, tomo 1, págs. 460, 461.

“En la profecía de Daniel se registra de Cristo que expiaría “la iniquidad” y traería “la justicia perdurable” (Dan. 9: 24). Toda alma puede decir: “Mediante su perfecta obediencia, Cristo ha satisfecho las demandas de la ley y mi única esperanza radica en acudir a él como mi sustituto y garantía, el que obedeció la ley perfectamente por mí. Por fe en sus méritos, estoy libre de la condenación de la ley. Me reviste con su justicia, que responde a todas las demandas de la ley. Estoy completo en Aquel que produce la justicia eterna. El me presenta a Dios con la vestimenta inmaculada en la cual no hay una hebra que fue entretejida por instrumento humano alguno. Todo es de Cristo y toda la gloria, el honor y la majestad han de darse al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”.

Muchos piensan que deben esperar un impulso especial a fin de que puedan ir a Cristo; pero sólo es necesario acudir con sinceridad de propósito, decidiendo aceptar los ofrecimientos de misericordia y gracia que nos han sido extendidos. Hemos de decir: “Cristo murió para salvarme. El deseo del Señor es que sea salvado, e iré a Jesús sin demora, tal como soy. Me aventuraré a aceptar su promesa. Cuando Cristo me atraiga, responderé”. El apóstol dice: “Con el corazón se cree para justicia” (Rom. 10: 10). Nadie puede creer con el

corazón para justicia y obtener así la justificación por la fe mientras continúe en la práctica de aquellas cosas que prohíbe la Palabra de Dios, o mientras descuide cualquier deber conocido." Mensajes Selectos, tomo 1, págs. 463, 464.

"Es Dios el que circuncida el corazón. Toda la obra es del Señor de principio a fin. El pecador que perece puede decir: "Soy un pecador perdido, pero Cristo vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. El dice: 'No he venido a llamar a justos, sino a pecadores'" (Mar. 2: 17), Soy pecador y Cristo murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito permanecer un solo momento más sin ser salvado. El murió y resucitó para mi justificación y me salvará ahora. Acepto el perdón que ha prometido". Mensajes Selectos, tomo 1, págs. 459.

Epílogo

Al leer este libro, usted ha aprendido, a través de los diferentes aspectos de la misión de Jesús, que la obra de Él en nuestro favor fue y sigue siendo completo y perfecto. La misión de Cristo está evidenciada de forma clara e inconfundible en la Biblia.

Es importante conocer a Jesús desde la perspectiva bíblica. La comprensión con respecto a su misión ha sido distorsionada. El hombre post-moderno se siente libre para delinear a Cristo de acuerdo con sus propios criterios, adaptándolos a sus propios conceptos. El que debería moldear la vida del hombre es visto meramente como un sabio, cuyas enseñanzas son utilizadas para justificar las más diversas visiones del mundo. Teólogos encuentran en las enseñanzas de Jesús argumentos que justifican sus teorías. Psicólogos usan sus palabras para legitimar el razonamiento que ellos mismos crean. Políticos citan porciones de los Evangelios para embellecer sus discursos y obtener popularidad. Ateos seleccionan lo que les conviene en las enseñanzas de Jesús para dar un barniz “cristiano” a sus conceptos.

Al contrario de lo que acontecía en otras épocas, ser cristiano hoy está de moda. Las confesiones religiosas proliferan. Templos son inaugurados todos los días. Los medios de comunicación a menudo informan la ‘conversión’ de artistas famosos. Cantantes evangélicos llenan los estadios y ganan millones. Sus canciones son tocadas en discotecas y casas nocturnas. Alguien podría sinceramente argumentar que, es suficiente que el nombre de Cristo sea mencionado en cualquier lugar o circunstancia. Sin embargo, el argumento, no corresponde con la perspectiva bíblica sobre Jesús y su misión.

La perspectiva bíblica difiere completamente de la perspectiva del mundo. En 1 Juan 2:15, la Biblia expone la incompatibilidad entre Dios y el mundo: “No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.” De hecho, no puede haber comunión entre Dios y el mundo, ya que sus respectivos intereses, propósitos y prácticas son completamente diferentes. El Apóstol Santiago enfatiza enérgicamente el contraste: “¡Adúlteros! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? El que quiere ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios.” Santiago 4: 4.

La visión del mundo a respecto de Jesús difiere radicalmente de la perspectiva bíblica. Mientras que los líderes lo presentan

como un buen hombre, la Biblia lo revela como el Salvador de la humanidad. Mientras que eruditos lo clasifican como uno que hace con que las personas sean mejores, la Biblia enseña que Él vino a transformar los corazones. La diferencia fundamental radica en el hecho de que, en la visión del mundo, el hombre no necesita de salvación; mientras que en la perspectiva bíblica, la salvación del hombre es la esencia de la misión de Cristo. Por eso, mucho se habla hoy acerca de Jesús, pero poco se sabe acerca de su misión salvífica.

En sentido estricto, de nada sirven las informaciones detalladas sobre los hechos de la vida de Jesús si no vienen acompañadas de un estudio serio sobre el motivo y el propósito de su vida y muerte. Ignorar la misión de Cristo resulta en conocimiento falso o incompleto a respecto de Él. Por desgracia, la superficialidad en las cosas espirituales ha sido la regla. El interés en estudiar con profundidad las Escrituras ha disminuido. Esta, tal vez, sea la mayor paradoja del mundo cristiano: Aunque cada vez más y más personas se declaren ser seguidores de Jesús, cada vez menos personas lo conocen realmente.

El concepto bíblico sobre Jesús debe ser rescatado. No es suficiente conocer los hechos históricos acerca de Él. No es suficiente aplicar en cada caso sus enseñanzas. Es necesario formar el conocimiento de él a través y a partir de las Escrituras. La Biblia debe ser el punto de partida y de llegada para el investigador cristiano. El Espíritu Santo, y no el criterio humano, deben guiar el estudio de la persona y de la misión de Cristo.

A través de este libro, usted tiene la oportunidad de profundizar sus conocimientos sobre el maravilloso Salvador. Abundantes citas inspiradas demostraron que, de hecho, Jesús es el Primero, el Mejor y el Último. El texto del libro ahora termina, pero el estudio sobre Cristo nunca termina. Su amor será el tema de investigación de los salvos por toda la eternidad. Así que, querido lector, no pare aquí. Continúe leyendo y meditando en las Sagradas letras. Encuentre tiempo para conocer a Cristo a través de Su Palabra.

Conozca al Jesús de las Escrituras. Estudie sobre Él. Profundícese en el conocimiento de su amor. Viva una experiencia real con él. Téngalo como el Soberano de su vida. Esté dispuesto a ser transformado a su imagen.

